



Dib. K-HITO.—Madrid.

LA SEÑORA.—¡Pasa pronto, Celestina, no vayas a salir tú también!
Ayuntamiento de Madrid

CREMA RECONSTITUYENTE

LIDA

ES UN PREPARADO ÚNICO
PARA LA BELLEZA DEL CUTIS,
CON PROPIEDADES MARA-
VILLOSAMENTE CURATIVAS
Y RECONSTITUYENTES

DEPOSITARIO

URQUIOLA  MAYOR, 1

MADRID

En todo tiempo debe us=
ted usar los maravillosos

POLVOS INSECTICIDAS

DE

LEYER Y COMPAÑÍA

SECCIÓN RECREATIVA DE "BUEN HUMOR"

por NIGROMANTE



9.-Material de construcción.

P O E S I A
B E B E

10. — Vivienda.

— ¡Para que yo me prima-dos con lo que me cuentas!...

— Sí, hombre; mi pobre Felipa es fea...; pero, en cambio, *tercia-prima* que es una maravilla.

— Pero ella tiene dinero, y, además, la renta de ese *todo* que tú te gastas en peleón.

— ¿Están en casa los señores?

— Sí, señor.

— Bueno... Entonces volveré otro día...

(De *Le Rire*, de París.)

8.— Lo que no puede hacerse en plena Puerta del Sol.

MONDARIZ
CORCONTE
INSALUS
MES CIERVA

11.-Arma de buenos mozos.

P R O Y E C T I L
P U E B L O D E A L M E R Í A

12. — ¿Cómo están los camareros?

EN EL RETIRO
ORIENTE
PICADOR DE TOROS — O
LEVANTE



— ¡Lástima de dos duros gastados en ver una función tan estúpida!...

— No, tontina. ¡Si yo he pagado con un billete falso, y me han devuelto tres duros buenos!

(De *The Humorist*, de Londres.)



GRAN VÍA, 18

Juguetes. — Coches de niño.

13. — De la esfera.

— *Cuarta-prima* lo que me convenga.

— Pues yo *tercia-cuarta*, mi querido amigo.

— Eso *cuarta-segunda* siempre mi pobre abuelo en estos casos. ¡Era espléndido como él solo!

— Bueno; ponme un poco de manteca en esta *todo*, y... ¡di que se te ha caído!

Cupón núm. 2

que deberá acompañar a toda solución que se nos remita con destino a nuestro CONCURSO DE PASATIEMPOS del mes de noviembre.

14. — Lo que se acabó.

PRIMER ARTÍCULO
DE UN PERIÓDICO

500 ORIENTE

SABANDIJA

LAGARTO

SALAMANQUESA



AGENCIA DE COLOCACIONES

(De *Excelsior*, de París.)

— ¿Cuánto tiempo lleva usted sirviendo?

— Un año, señora.

— ¿Tiene usted buenos certificados?

— ¡Oh, sí, señora!

— ¿Cuántos tiene usted?

— Treinta y uno.

Concurso de septiembre

Verificado públicamente en nuestra Redacción el sorteo de los premios, han resultado agraciados los señores siguientes:

PRIMER PREMIO. — Doña Luz Alvarez. Portugalete (Vizcaya).

SEGUNDO PREMIO. — Don Luis Casaldueiro. Espartero, 11, Lorca.

TERCER PREMIO. — Don Fernando L. Moreno. Príncipe, 22, Madrid.

Para las condiciones de este Concurso, véase nuestro número 101.

CUPÓN

correspondiente al número 102

de

BUEN HUMOR

que deberá acompañar a todo trabajo que se nos remita para el Concurso permanente de chistes o como colaboración espontánea.



--¿POR QUÉ CANTAS

cuando te afeitas, papá?

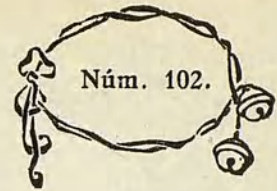
—Porque con el Jabón Gal me afeito a escape y a gusto.

—Pues cuando yo sea mayor, ya tengo la receta para estar tan contento como tú...

EL JABÓN GAL PARA LA BARBA

forma en el acto espuma abundantísima que no se seca en la cara. Suaviza la piel y ablanda en un minuto la barba más dura, facilitando el paso de la hoja.

Barra, 1,50 en toda España.
Perfumeria Gal. - Madrid.



Madrid, 11 de noviembre de 1923.

ENFERMO A PERPETUIDAD



El hecho podrá parecer un tanto incongruente y paradójico; pero no por ello deja de ser menos cierto. El señor Ramón, honrado obrero del ramo de la madera, mientras estuvo bien, vivió mal, y fué pre-

ciso que el hombre se pusiera mal, para poder vivir bien.

El señor Ramón, que era carpintero de armar, se encontraba una mañana trabajando en el taller, cuando tuvo la desgracia de caer al suelo desvanecido. Esta desgracia fué para el señor Ramón una suerte. El síncope se repitió, poco más o menos a la misma hora, durante varios días; en vista de lo cual le obligaron a guardar cama hasta su restablecimiento, cobrando entretanto el jornal íntegro, que pagaba su patrono, siguiendo las bases firmadas en virtud de reciente huelga.

El señor Ramón además pertenecía a las benéficas Sociedades La Esperanza del Pobre, El Entierro Asegurado, La Defensa del Carpintero y La Ayuda del Desvalido, las cuales, mediante módica cuota mensual, proporcionaban a sus asociados, en caso de enfermedad, médico, botica y un socorro monetario.

¿Comprenden ustedes ahora la feliz oportunidad de sentirse enfermo el señor Ramón?

Mientras disfrutó de excelente salud, el honrado carpintero cobraba un jornal de ocho pesetas, cantidad bastante exigua para los tiempos que corremos. Pero ahora, al sobrevenir la enfermedad, recibía esa misma cifra aumentada cinco veces, que, en concepto de auxilio e indemnizaciones, y siguiendo compromisos contraídos, satisfacían religiosamente entre su patrono y las antedichas Sociedades benéficas.

Así, pues, se explica que el señor Ramón estuviera satisfecho de encontrarse enfermo. Para él, aquello era un magnífico y espléndido negocio

Cuarenta pesetas diarias de ingresos, buena alimentación, vida descansada... ¡Ahl!

Pasaba las noches tranquilo. El día, quitando el momento de accidentarse, que era sensible y penoso, transcurría asimismo de un modo bastante agradable para el enfermo.

Cinco médicos, uno por cada entidad, visitaban diariamente al señor Ramón. Ninguno de ellos, a pesar de toda su ciencia, conseguía dar con el remedio definitivo que le hiciera ponerse totalmente sano. Se ensayaron varios procedimientos curativos, desde el régimen lácteo al de carnes blancas, pasando por el de dietas; y hubo doctor que, para ver si lograba algo, llegó incluso a poner a caldo al señor Ramón! Pero, ¡ahl!, sea porque éste se encontrase bien

en aquella situación, sea porque la Providencia lo tuviera dispuesto así, el caso es que, con precisión matemática, diariamente se venía repitiendo el síncope que imposibilitaba al obrero reanudar su trabajo.

El señor Ramón, durante la enfermedad, mejoró de un modo ostensible. Antes de su indisposición, y debido, sin duda, a la escasez de alimentos, tenía una cara amarilla y pajiza, y pesaba unos cincuenta kilos escasos. A los tres meses de caer en el lecho, merced a los suculentos platos que comía, adquirió un peso de sesenta y dos kilos y disfrutaba de un saludable color.

Algunos compañeros de trabajo del señor Ramón, por hacerle compañía, iban a visitarle, y solía distraerse con ellos charlando de diversos asuntos.

Hace pocas noches llegó a la casa del enfermo su amigo íntimo el señor Tobías, hombre a quien, por la antigua amistad que les unía, podía el señor Ramón hablar con absoluta confianza.

— Amigo Tobías — dijo el enfermo al recién llegado —. A ti puedo decírtelo claramente. ¡Estoy encantado de hallarme enfermo! Vivo sin trabajar y, ¡fíjate!, cobro ocho duros diarios. .

— Sí; pero esto se te acabará pronto. Yo creo, Ramón, que poco has de tardar ya en ponerte bueno, y entonces tendrás que volver al trabajo y cobrarás tus ocho miserables pesetas...

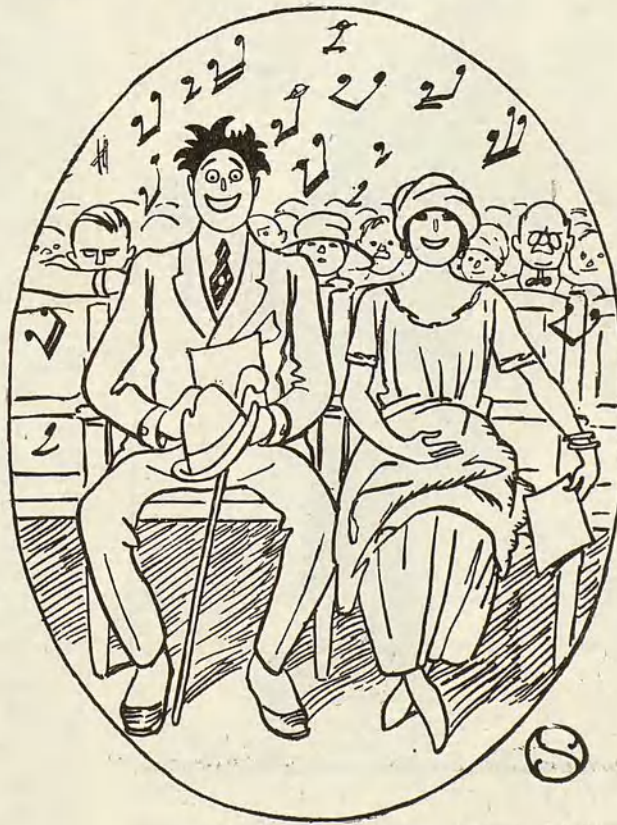
— Te equivocas, amigo mío. ¡Yo nunca, enténdelo bien, nunca me podré poner bueno!

— ¿Qué dices?

— Hay un motivo, una razón fuerte y poderosa, que imposibilita en absoluto el que yo recobre mi perdida salud...

— Pero, vamos a ver, ¿cuál es esa razón?

— Pues la razón, amigo mío, es muy sencilla. Ya sabes que todos los días recibo la visita de los distintos doctores que me envían el patrono y las Sociedades benéficas a que



Dib. SILENO. — Madrid.

pertenezco. Cada uno de ellos tiene respecto a mi mal una opinión y un plan distintos...

- Bueno; ¿y qué?
- Pero ¿es que no has caído todavía?
- ¿Tú crees seriamente que un enfermo al cual visitan cinco médicos puede ponerse jamás bueno?
- Hombre...
- ¡Eso es imposible, completa y ab-

solutamente imposible! ¡Fíjate tú bien! ¡Cinco médicos!!

- ¡...!
- Así, pues, te lo aseguro, cobraré mis cuarenta pesetas de indemnizaciones hasta el día del Juicio final... Yo, amigo Tobías, soy un condenado a enfermedad perpetua... ¡Ah! ¡Y que en muy buena hora lo diga!

Luis ESTEBAN

INTERROGATORIO MÉDICO

El primer enfermo que entró aquel día en la consulta pública de la clase de Patología, era un hombre de rara y extravagante catadura, mirar desconfiado y con esa sonrisita maliciosa que suele ser la máscara de los socarrones.

El profesor comenzó su interrogatorio:

- ¿De qué se queja usted?
- Pues... le diré...

El hombre comenzó a hablar, dando tan extensas y prolijas explicaciones, que no llevaba traza de terminar en toda la hora de clase.

— Atranque usted el carro, amigo, que no estamos aquí para oír las tonterías que a usted se le ocurran. Conteste concretamente, a lo que se le pregunte, y nada más.

El profesor era un hombre muy irascible, y dijo aquellas palabras con tal

rudeza, que el consultante se quedó lívido. Pero fué un momento no más, pues pronto la sonrisita primera apareció nuevamente en su semblante. Los alumnos comprendieron bien que aquella sonrisita ocultaba alguna venganza terrible por el destemplado tono del catedrático.

— ¿De modo que usted padece del estómago?

- Sí, señor.
- ¿Bebe usted?
- Sí, señor, cuando tengo sed, y además...

— ¡Cállese!... Le pregunto si acostumbra a tomar vino u otras bebidas alcohólicas.

- Sí, señor.
- Bueno. Pues ésa es la causa de todo lo que usted padece.
- Será.



Dib. DEL RÍO. — Barcelona.

— ¡Pero, hombre!... ¿Cómo quieres clavar ese clavo sin martillo?... ¿Para qué te sirve la cabeza?...

- Y tiene que dejar de beber.
- ¿De beber vino?...
- ¡Pues claro! ..
- Es imposible.
- Todos los viciosos dicen lo mismo de su vicio.
- Es que yo no bebo por vicio.
- ¡Hombre!... ¿Es beber acaso virtud en usted?

— Sí, señor.

— Haga el obsequio de dejarse de chirigotas. Usted tiene que dejar de beber.

- He dicho a usted que no puedo.
- Pero ¿por qué no puede usted?
- Porque si dejo de beber me moriría de hambre.

Un mormullo de risas contenidas se propagó por toda la clase. El profesor mismo, que se contenía difícilmente, comenzó a tomar un poco en broma el interrogatorio.

— ¿De manera que usted vive gracias a lo que bebe?

- Sí, señor.
- Eso está muy bien; pero, de todos modos, si usted quiere curarse tiene que hacer un sacrificio y dejar de beber.
- Yo sí me sacrificaría de buena gana; pero ¿cómo voy a sacrificar a mis hijos?
- ¡Carambal... ¿Pero sus hijos también...?

— Sí, señor; también viven gracias a lo que yo bebo.

— Usted, amigo, no está en su sano juicio.

— Sí, doctor, sí; lo que yo le digo a usted es la pura verdad.

Había tal seguridad en las respuestas del enfermo, que los estudiantes estaban convencidísimos de que aquel hombre no mentía y que se estaba burlando del profesor.

— Para broma ya basta. Confíese usted de una vez que es un borracho impenitente, que no puede prescindir de las delicias del morapio, y hemos terminado.

— Está usted equivocado, doctor; yo no bebo por gusto.

— Que no, ¿eh? Vaya, a que va a resultar que bebe usted por obligación.

— Ahí está, ahí está la cosa.

— ¿De modo que no bebe usted por gusto? ¿Y todo lo que usted gasta en emborracharse lo gastará, entonces, por un espíritu de liberalidad y esplendidez hacia los taberneros?

— Le advierto que a mí el beber no me cuesta nada.

— ¿De veras? Vaya, vaya. A que va a resultar que los taberneros le dan a usted el vino gratis, por su simpatía personal. ¿No?... Y hasta puede que le den dinero encima.

— ¡Naturalmente! ¿Pues que se había figurado usted?

— ¿Yo?... Que es usted un imbécil.

— Tranquílese usted, por Dios, doctor. Lo que yo soy, para servir a usted, es... un catador de vinos. El mejor de Valdepeñas.

VALENTÍN ABEL ZAR

NUEVO MÉTODO PARA CAZAR LIEBRES

Al empedernido cazador
Ángel Torres del Álamo.

No es tan fácil como parece coger las liebres, y desde Adán a nuestros días el hombre se ha dedicado con perseverante afán a inventar medios, modos o maneras de cazarlas, sin que hasta la fecha se haya encontrado la solución para que no se escape ninguna.

El tiro de perdigones y el galgo corredor, son hasta ahora los dos elementos más prácticos para lograr el objetivo; pero, desgraciadamente, muchas veces el tiro se pierde y muchas veces, también, se le pierde la liebre al galgo.

Nuestros primeros padres las cazaban a garrotazo limpio cuando las encontraban encamadas o les salían al paso, casi de entre las piernas; pero cogían tan pocas, que hubieron de abandonar el sistema e inventaron la honda, artificio que tampoco dió favorables resultados, pues la piedra lanzada, dando casi siempre en las ancas del animal, le servía de acicate para correr más vertiginosamente.

La rauda flecha no obtuvo tampoco buen éxito. La liebre se alejaba del hombre cada vez más con este invento, y el hombre tuvo que dedicarse a cazar con flechas a sus parientes más cercanos.

La aparición del lazo o cepo fué saludada con un grito jubiloso de todos los cazadores; pero bien pronto la desilusión cayó, como nieve en fuego, sobre las esperanzas cinegéticas, porque no todas las liebres caían en el lazo, como se pensó en un principio.

Salieron a plaza el arcabuz y el trabuco, armas que, al detonar, sólo conseguían asustarlas, poniéndolas en desenfrenada fuga, y por fin vino al mundo la escopeta de dos cañones, con la que ahora pretendemos darles caza, sin conseguirlo siempre, como es de desear.

A remediar esto he dedicado muchos años de mi vida, y por fin puedo dar a conocer mi método, que ha de causar una profunda sensación. Desde hoy, ¡oh queridos camaradas cazadores!, podremos coger las liebres como el que coge nisperos: con la mano. No puede ser más sencilla la cosa. Es el huevo de Colón. Pero no por sencilla deja de ser admirable.

Véase cómo: Os proveeréis de un saco lleno de garbanzos crudos, y sin más morral, puesto que el mismo saco, una vez vacío, os servirá para el transporte de las liebres, os echaréis al campo, yéndos directamente al lugar donde se hayan visto huellas de estos animalitos.

Una vez en el lugar del suceso, desparramaréis los garbanzos en el suelo, y os subiréis a un árbol próximo.

Al poco, veréis cómo llega una liebre, que se acerca recelosa al sitio de los garbanzos, y cómo, una vez cerciorada de lo que es aquello, vuelve grupa huyendo veloz.

No os descorazonéis. Es que va a avisar a todas las liebres del contorno el descubrimiento que ha hecho. No hay manjar más apetitoso para las liebres que el garbanzo.

Media hora escasa, quizás no más de quince minutos bastan para que se corra la voz por las madrigueras, y pronto veréis llegar un verdadero ejército de liebres a participar del festín.

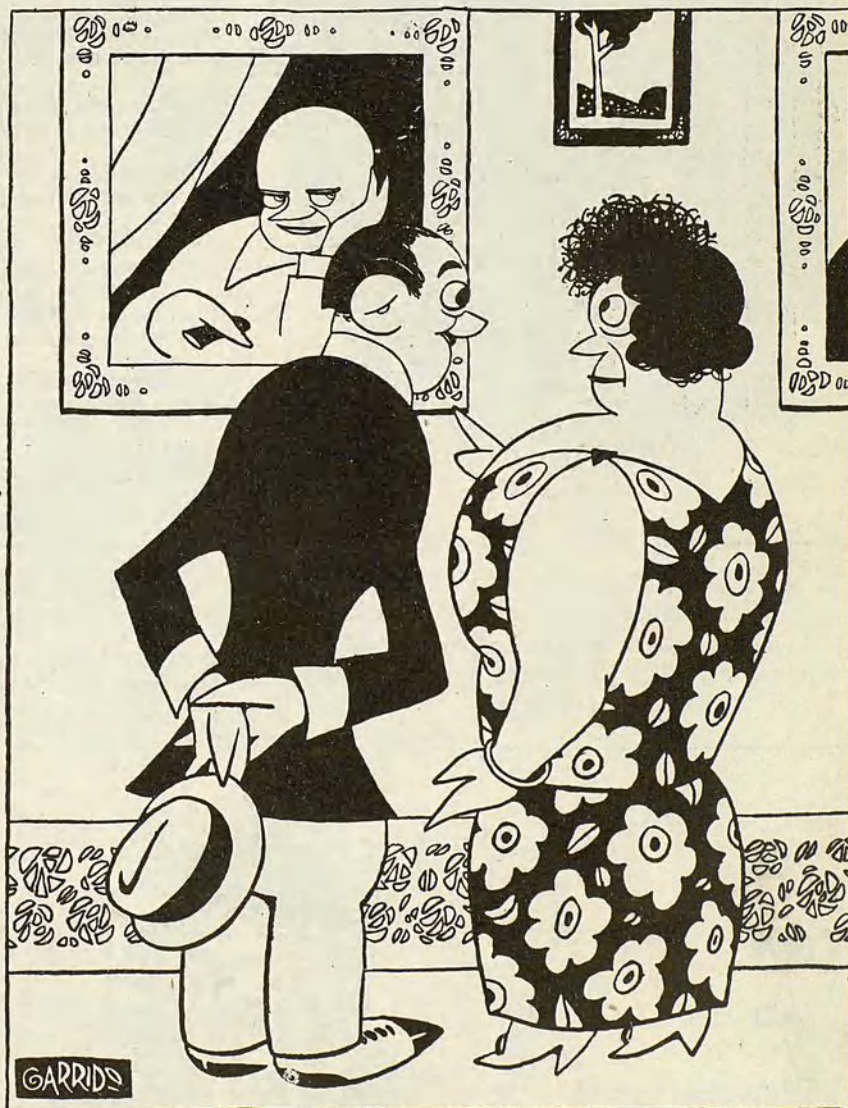
No os precipitéis al verlas. No des-

cendáis del árbol en seguida. Conviene coger muchas. ¡Cogerlas todas! ¡Aguardad!

El momento de la recolección es cuando veáis que cada liebre tiene un garbanzo en la boca. Porque como los animalitos para masticar los garbanzos, al apretar los dientes cierran los ojos, ni pueden oír vuestros pasos, porque el crujir de los garbanzos se lo impide, ni os pueden ver, porque tienen los ojos cerrados.

Entonces, pues, descendéis del árbol, y cogéis una, otra, otra, otra..., ¡y al sacol!

PEDRO PÉREZ FERNÁNDEZ



Dib. GARRIDO. — Madrid.

— *Este es el sinvergüenza de mi marido. Salió hace diez años a comprar tabaco, y ésta es la bendita hora en que no he vuelto a verle el pelo.*

NARCISÍN HACE ALELUYAS PARA "BUEN HUMOR"



El saladísimos pibe de Eldorado, que tan resonante triunfo ha obtenido en el público madrileño, nos envía esas aleluyas, acompañadas de unos monos, en los que da una prueba más de su gracia prodigiosa.

Porque soy muy chiquitín,
se me llama Narcisín.

En Asturias he nacido...
comiendo *lacón* cocido.

De ocho días trabajé
con ilusión y con fe.

Estando mala Maruja (1),
hice el papel de *granuja*.

A Buenos Aires, por treta,
fui dentro de una maleta,

porque del viaje, Losada,
no quería pagar nada.

En el teatro San Martín
trabajé un día por fin,

y me dije en aquel día:
«Ya tengo la lotería.»

Vine a Madrid muy contento
y me constipé... del viento.

Y aquí empecé a trabajar,
donde he gustado la mar.

Y es que en la Villa del Oso
el público es cariñoso.

Si no gusto aquí, el sepelio
le reclamo a don Aurelio (2)

(1) La tiple cómica de mi compañía.
(2) Mi empresario actual.

Y, cual Primo de Rivera,
he triunfado ¡de primera!

Mi actuación es *macanuda*
para la gente menuda.

Y pasan muy buenas horas
los señores y señoras.

Ya de España no me voy,
aunque gobierne Junoy.

Me acuerdo de la Argentina,
donde la vida es divina.

Y a ella me quiero volver
con más gloria y más *poder* (1)

que me marché ha poco de ella...
¡Madrid me dió buena estrella,

donde estoy bien situado,
pues trabajo en Eldorado!...

Y en él recibo a diario
aplausos del vecindario... (2).

Y perdone usted, lector,
si no le han hecho *tilín*
mis aleluyas, señor.
Salud, desde BUEN HUMOR,
le desea

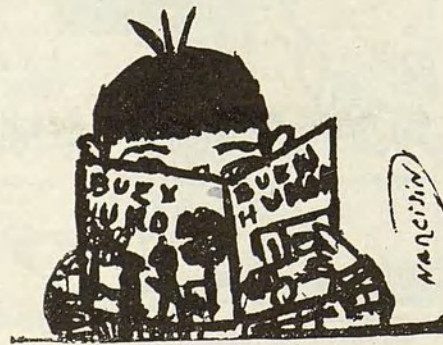
NARCISÍN

(Ilustraciones de Narcisín.)

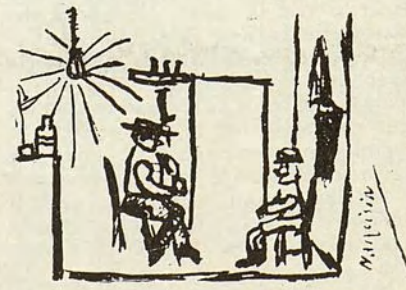
(1) Éxito.
(2) de Madrid.



Narcisín sueña con vengar a su amigo Firpo, derrotado por Dempsey.



Narcisín es un lector asiduo de BUEN HUMOR.



Una interviú con Narcisín en su camerino del teatro Eldorado.



Dib. Tono. — Madrid.

— *Tenga usted cinco céntimos; pero no se los gaste en vino.*
— *No creo que quiera usted que por cinco céntimos me tome un whiskey.*

¡EL SER MÁS DESGRACIADO DE LA TIERRA!!

No se asusten ustedes...

Este infortunado sujeto a que aludo en el alarmante título de mi trabajo, no existe. Es un elegantísimo mito, con el cual no me une la menor relación de parentesco, ni siquiera de amistad. Se trata de un personaje inventado por un conocido mío, y sobre cuyas espaldas ha acumulado el inventor una carga tal de desdichas, que, a ser ciertas, no podría haber nadie que dudase de que el susodicho personaje era el individuo más desgraciado del mapamundi e islas adyacentes.

A juicio de mi amigo, para tener derecho a ostentar el pomposo título del ser más infortunado del planeta, es preciso haber pasado en la vida por los si-

guientes trances, que, verdaderamente, son de abrigo:

Contraer matrimonio civil y conónico con la distinguida señorita Consuelo Portela, por mal nombre *Chelito*.

Haber empleado su fortuna en la compra de marcos, cuando daban cien de éstos por catorce pesetas españolas (año 1920).

Pertenecer al partido (por el eje) político que acaudilla *todavía* el señor Ossorio y Gallardo.

Haber escuchado todos los discursos de Francos Rodríguez desde el año 1903 hasta nuestros días.

Padecer de neuralgia y oír sonarse a Sánchez Toca.

Pertenecer a la *claque* de Price y de

la Latina y tener que aplaudir a Chicote por obligación

Ser maestro de baile y enseñar el *fox-trot* a Romanones.

Ser sastre de portal y tener que coser todos los desperfectos de la indumentaria de Weyler.

Tener hambre y comer en el restaurante de Prócuro.

Necesitar la influencia de un personaje ilustre y tener que mirarle la cara a Bergamín.

Hacer un viaje de Madrid a San Sebastián (ida y vuelta) en tercera clase... ¡Y *aun* en segunda!...

Ser peluquero y verse obligado a peinar al *Gallo*.

Haber tomado el Metro los días que tenía prisa por llegar a tiempo a una cita.

Hacerse carterista y robarle la cartera a García Alvarez.

Ser fotógrafo y tener que hacer seis visitas y una ampliación a la Cachavera.

Recibir de una casa editorial el encargo de traducir al catalán todas las declaraciones políticas que ha hecho Maura en su vida y en su clarísima prosa.

Tener una taberna y que el casero le corte el agua por la noche.

Jugar a la lotería y que le toque la banda municipal.

Fumar tabaco de a cero cincuenta.

Haber sido tenedor de libros de Santiago Alba, con la obligación de justificar las entradas y salidas, y hacer los balances muy claros.

Tener un gran apuro y pedir dinero a La Cierva.

Decir media docena de piropos a Loreto Prado.

Ser ganadero de reses bravas y que todos los toros se los hayan tenido que estoquear *Chicuelo*, Lalanda y Llapisera.

Estar en la miseria y no tener más amparo que la Asociación Matritense de Caridad.

Estar gravísimamente enfermo y que la vecina de al lado le cante *La montería*.

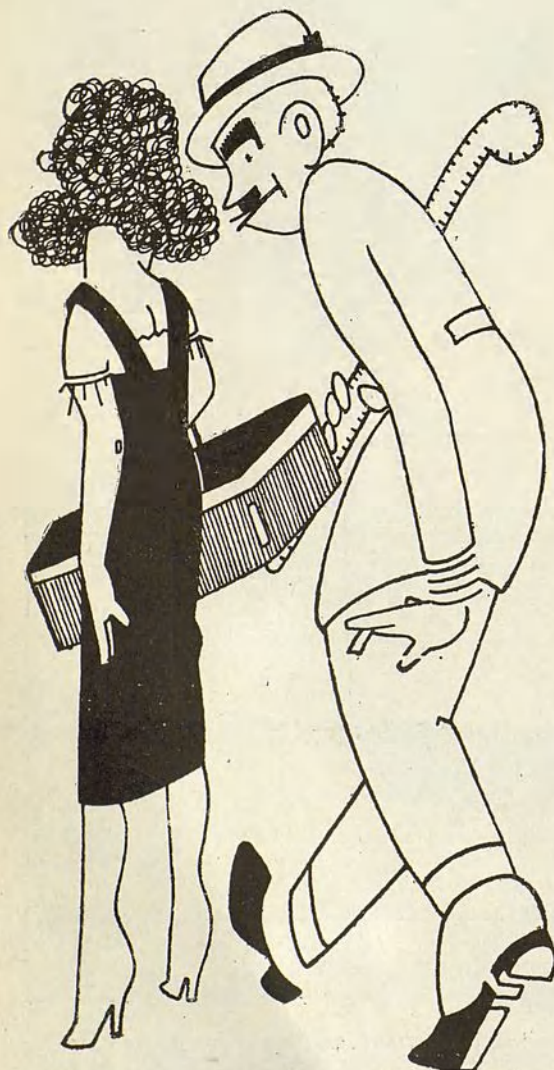
Tener callos y que le dé un pisotón Eddie Polo.

Ser dentista y tener que orificarle los dientes a Sánchez Guerra.

No ser sordo y oír cantar a Paquita Torres.

Ser un empleado protegido por García Prieto el día que vino el Directorio.

Y haber pretendido suicidarse arrojándose de cabeza al Manzanares en el mes de agosto.



Dib. MATEOS
Valencia.

Alberto Mateos

— Si aceptas mi amor, no tendrás que ir cargada con la caja.

— Gracias; pero entonces iba a resultar muy descajada.

NÉSTOR O. LOPE

!!!FUTBOLISTAS!!!
SE NECESITAN "AMATEURS"
 (DE LA MANO ZURDA)
 Empleos, dietas y permisos
 para «bolos»
 ¡Ahora o nunca!
 Informes de Norte a Sur y de Este
 al... corredor.

Si el jeroglífico que arriba veis le propone el inmenso *Nigromante* a los lectores de BUEN HUMOR, los cuatrocientos mil interesados en descifrarle piden a nuestro director la cabeza del insigne mago. A mí mismo, uno de los descifradores del célebre «cesó la negra partida», etc., etc., me ha sido planteado con tres años de anticipación, y confieso con ingenuidad que, personalmente, no hubiera sido capaz de dar una solución ni aunque fuera un descendiente de Tutan-kamen.

¡Es mucho deporte el de la patada para plantear problemitas!

Acogiéndome al refrán de «sacar la sardina con mano ajena», en mi curiosidad de desentrañar aquello, me dirigí a uno de los más conspicuos y sesudos liosos del fútbol hispano. Fuí a su casa, abrí la cartera y pensé pasarle una tarjeta con las iniciales S. P. Q. R. (Se prohíbe que roben); mas para que no creyera estar ante un delegado gubernativo, entregué a la criadilla que se sirvió entreabrirme la puerta un cartoncito que dice: *Marcos de Caoba, escritor deportivo.*

El mágico poder que el deseo de verse en *prensa* influye hasta en el más oscuro ciudadano, hizo a mi visitado salir en persona a recibirme en la escalera, ataviado con un pijama verde mar Mediterráneo que incitaba a la ducha. ¡Jamás vi a nadie tan propiamente vestido de chapuzón!

Entramos en su despacho, y exponiéndole el objeto de mi visita, arrellanándose en un sillón, me dijo sonriente:

— Eso no tiene nada de particular. Ya se pasaron los tiempos en que un partido se interrumpía para dar paso a un carro con cinco mulas que invadía el terreno *del honor*, en el que se disputaban el amor propio de salir vencedores veintidós *chiflaos*, que sacaban a hombros las porterías y plantaban sus estacas, con perdón sea dicho y sin alusiones. Hoy, con raras excepciones, los *amateurs* tienen sus contratos privados. Hay casos grandiosos. Sale usted de la meseta central, y es el acabóse. Miles de pesetas por firmar una ficha, y sueldo mensual en un empleo de taparrabos, opción a alquilarse los días de las fiestas mayores en los pueblos; en fin, cosas verdaderamente olímpicas. Hay *estrellas* que exigen más que una cupletista; y por contra, como dicen los contables, hay desgraciados que se rinden al café

con media. Si tiene usted algún chico, no sea primo y hágalo futbolista *amateur*, váyase cerca del Pirineo, y si tiene la suerte de *taladrar los galipers*, hágale médico, por ejemplo, y al llegar al mes de junio de cada año, que se ausente, se haga rogar y se haga... con un gabinete que quite toda la cabeza. ¡Ah! Está admirablemente organizado. Hay ganchos que dan ciento y raya a los de emigración. Pero todo ello no conviene descubrirlo; tenga cuidado, llegaría hasta constituir un delito de traición. Lo exigen las Olimpiadas, aparte de que se haría un lío si tuviera que dar pruebas. No hay quien las dé, como no sean de enajenación mental al pretenderlo. Algunos incautos exclaman: «¡El profesionalismo se mastic!» Pues que se lo traguen y se lo digieran...

— Según lo que me dice — interrumpo —, ¿hay *amateurs* que no son *amateurs*?

— Exacto. Una especie de bacalao a la vizcaína, pero sin bacalao.

— Y los que rigen los altos destinos futbolísticos, ¿no ven tales cosas?

Mi interlocutor se levanta inquieto; cierra las puertas, después de cerciorarse bien de que nadie puede escuchar, y me dice al oído, con voz cavernosa:

— Inglaterra es la única que declara su profesionalismo; las demás naciones hacen lo que la nuestra. En una pala-

bra: aquí de lo que se trata es que sólo haga el *primo* en las Olimpiadas la pérfida Albión.

Tales palabras me sobrecogen. Trémulo y lleno de emoción me pongo el sombrero del revés, saludo y salgo lo más de prisa posible. Al llegar a la calle pienso en el nacional pretexto, y compungido, imploro: «¡Dios mío, dadme fuerzas para guardar este secreto de Estadol!»

Visto en la caseta de un Club madrileño.

Casillero fotográfico: Martínez, calle de Buenavista; Escobal, calle del León; Quesada, calle de Guzmán el Bueno; Mejías, calle de Chinchilla; Mengotti, calle de la Esperanza; Sicilia, calle de la Fe; Bernabéu, calle de la Academia; Monjardín, calle de la Cabeza; Triana y Félix Pérez, calle de los Artistas; Del Campo, no recuerdo la calle, pero está situada en el distrito del Centro; Manzanedo, plaza de Santa Bárbara; Pólo, plaza del Callao.

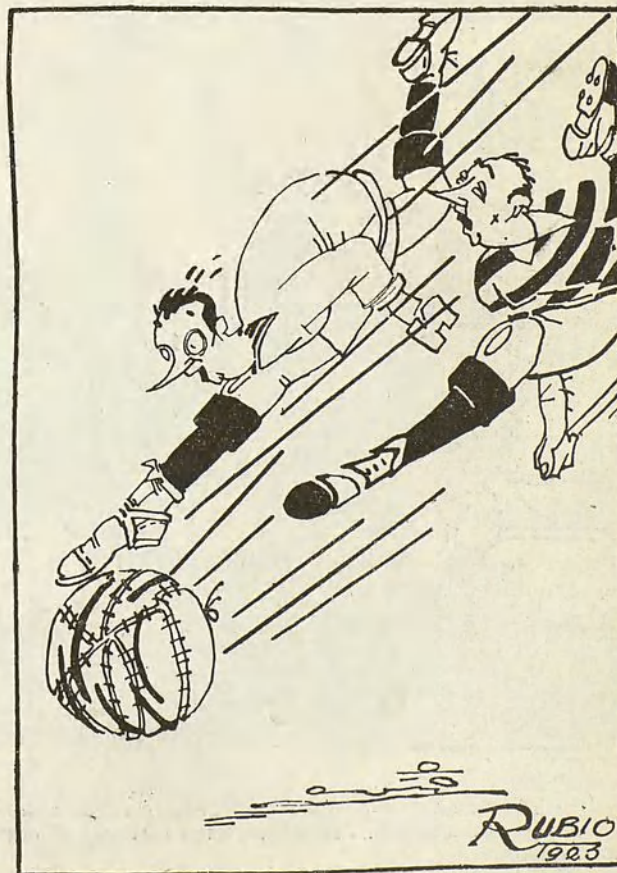
Dos direcciones más: F. R. C. (camino de Leganés.)

Colegio de árbitros (cuesta de los Ciegos.)

MARCOS DE CAOBA

5 de noviembre de 1923.

Dib. RUBIO
 Madrid.



— Oye, ¿tienes algún cuarto desalquilado en tu casa?

— Cuando llegemos a la portería, hablabremos de eso.

LAS COSAS DE LOS TEATROS

UN ESTRENO

Yo, caro lector, te hablaría esta semana del suceso sensacional de teatros que conmovió a cómicos, autores y periodistas..., y que, particularmente, me ha conmovido a mí... Yo te pondría en autos del fracaso de una comedia estrenada en un coliseo céntrico, no hace muchos días... Comentaría, de muy buen grado, el excelente humor de los que asistieron a la representación, y los chistes e interrupciones ingeniosísimos con que se subrayaron las escenas más importantes... Te referiría con gran regocijo lo ocurrido...

Pero la verdad es que, en el fondo, a mí no me hace la cosa nada de gracia...

Todas las ironías y los descaros que se me vienen a los puntos de la pluma, los consideraría oportunos y magnifi-

cos si no diese una pequeña casualidad que llega a cohibirme y me obliga a razonar del modo que sigue:

¿Es lícito caer sobre el vencido esgrimiendo las armas del pitorreo? ¿Puede uno tomarle la cabellera al pobre hombre a quien le rechazaron violentamente una producción teatral? ¿Se consideraría caritativo si yo tratase de ponerle en evidencia?

¿Y si resultase que el autor es el que suscribe? ¡Pues por eso!

Como da la coincidencia de que quien tiene que criticar es la misma persona a la que le protestaron la comedia, creo que nos encontramos ante un caso de incompatibilidad manifiesta: quiere ello decir, que me niego terminantemente a censurar la obra en cuestión, entre otras razones poderosas, porque — ¡la pobre! — era producto de mi caletre. ¡Y



Dib. MEL. — Madrid.

— ¿Aun no han conseguido ustedes sofocar el incendio?
— Le diré a usted... Por ahora, es el incendio el que nos está sofocando a nosotros.

sería una primada que me atizase un leñazo más, cuando críticos, autores y cómicos se han apresurado a ponerme verdes y moradas las carnes!

UNA AVENTURA

Y a propósito de carnes verdes y moradas, voy a reproducir un incidente pintoresco, que se me ha referido y que merece los honores de la publicidad.

Un actor popularísimo, de quien ya me he ocupado en esta sección, tenía hace poco tiempo dos grandes amores: una mujer de espléndida belleza y un terranova magnífico.

Era ella casada, discreta y difícil de rendir; y era el perro, fiel, cariñoso y guardador terrible de la personalidad de su dueño.

Un día, nuestro hombre logró una entrevista a solas con la dama de sus pensamientos, y además consiguió que ella fuese a la habitación de soltero que ocupaba él... ¡Un gran éxito!

El actor estaba radiante de felicidad: no sólo la dama hermosa accedía a sus requerimientos amorosos, sino que no vacilaba en acudir a su casa, dejando a un lado convencionalismos sociales y demás zarandajas...

Llegó la bella, ocultándose a las miradas de la portera, silenciosa, recatada, rodeándose de un encantador misterio...

El terrible conquistador creyó en una victoria fulminante; pero se encontró con que la discreta enamorada presentábase cauta y conversadora... Había que hablar mucho, atar bastantes cabos, convenir en mil extremos antes de dar un solo paso definitivo...

La dama tomaba toda clase de precauciones, que excitaban aún más la pasión vehemente del popularísimo artista. El terranova, receloso, echado a los pies de su dueño, dormitaba, o lo parecía al menos.

Dominado el seductor por la impaciencia, creyó oportuno recurrir a procedimientos expeditivos, y ni corto ni perezoso se atrevió a dar un abrazo a su enamorada.

¡Nunca lo hiciera! Sintióse ofendida la mujer, y repelió la agresión con fiereza... ¡Plaf!

Y... ¡nunca lo hiciera la dama!

El terranova, al percibir que su dueño era objeto de malos tratos, dió un salto feroz, un aullido horrendo y cayó sobre la agresora.

Fueron inútiles los esfuerzos del artista: medio desnuda, sangrante, llena de arañazos y mordiscos, tuvo que ser conducida la señora a la Casa de Socorro.

Y no sólo se enteraron de la aventura la portera y los vecinos de la casa y los médicos de la Casa de Socorro, sino hasta el marido de la dama, y también el que tiene el honor de chismorrearles a ustedes el sucedido anterior.

¡Porque si no lo supiera, no lo hubiese contado!

JOSÉ L. MAYRAL

SUCESOS DE LA SEMANA

Borracho irascible. — Anteayer promovió un desaforado escándalo en una Comisaría de cuyo nombre no queremos acordarnos, el ciudadano Timoteo Loeches, que acababa de ser detenido en la vía pública por ser portador de una *cogorza* mayestática e inmarcesible.

Lo primero que hizo Loeches cuando los guardias le dijeron con cierta finura ¡*Siganos usted!*!, fué negarse en rotundo, alegando que no tenían ni la hermosura ni el salero suficientes para que él les siguiera, abandonando sus quehaceres y obligaciones.

Por fin consiguieron, no sin grandes esfuerzos (que llegaron a ser atléticos), trasplantar al borracho a la Comisaría; pero allí Loeches obligó a los guardias a soportar cuatro o cinco *rounds*, aparte de proferir unos gritos tan descompensados, que en la vecindad creyeron, con la alegría natural, que había resucitado Gayarre.

Negóse también Timoteo Loeches, a pesar de los requerimientos del comisario, a descubrirse delante de él, manifestando que era estúpido quitarse la gorra, porque de todas maneras permanecería cubierto, ya que la *papalina* que llevaba no había medio de podérsela quitar ni aun con la intercesión divina.

A la hora en que escribimos estas líneas, Timoteo Loeches duerme el sueño de los justos en un calabozo del referido centro policíaco; y el comisario (que, por cierto, se había purgado por la mañana) nos ha jurado por su honor que el vino de Loeches le ha hecho pasar un rato más amargo que el agua (de ídem).

Alumbramiento prematuro. — Una señora que paseaba ayer tarde por la calle de Luchana, se sintió acometida de pronto por dolores de parto. Conducida precipitadamente a la fábrica de electricidad de Chamberí, dió a luz un robusto niño, aunque tuvo la inmensa desgracia de que el hecho ocurriera en la mencionada fábrica de electricidad, por lo cual no sabemos a qué luz lo daría, aunque suponemos que lo dió a poquísima y malísima luz.

La señora, además, vive en la Bombilla, por cuya razón no tenemos más remedio que compadecer la suerte perra del recién nacido.

Intento de robo. — Anoche penetraron violentamente en el domicilio particular del señor conde de Romanones unos ladrones que venían preparando el golpe desde hace bastante tiempo.

Por desgracia para ellos, y como ustedes habrán adivinado, su trabajo resultó totalmente infructuoso, y salieron de la casa como habían entrado.

Les acompañamos en su legítimo pesar.

Decomisos a granel. — El pasado

jueves, y por varios tenientes de alcalde de los recién estrenados, fué decomisada una gran cantidad de pan falto de peso, que fué luego repartida entre los yernos, sobrinos y familiares de García Prieto, Maura, Bugallal y otros esclarecidos colegas.

También retiraron de la circulación bastantes panecillos duros, que los tahoneros pretendían hacer pasar como de la última hornada.

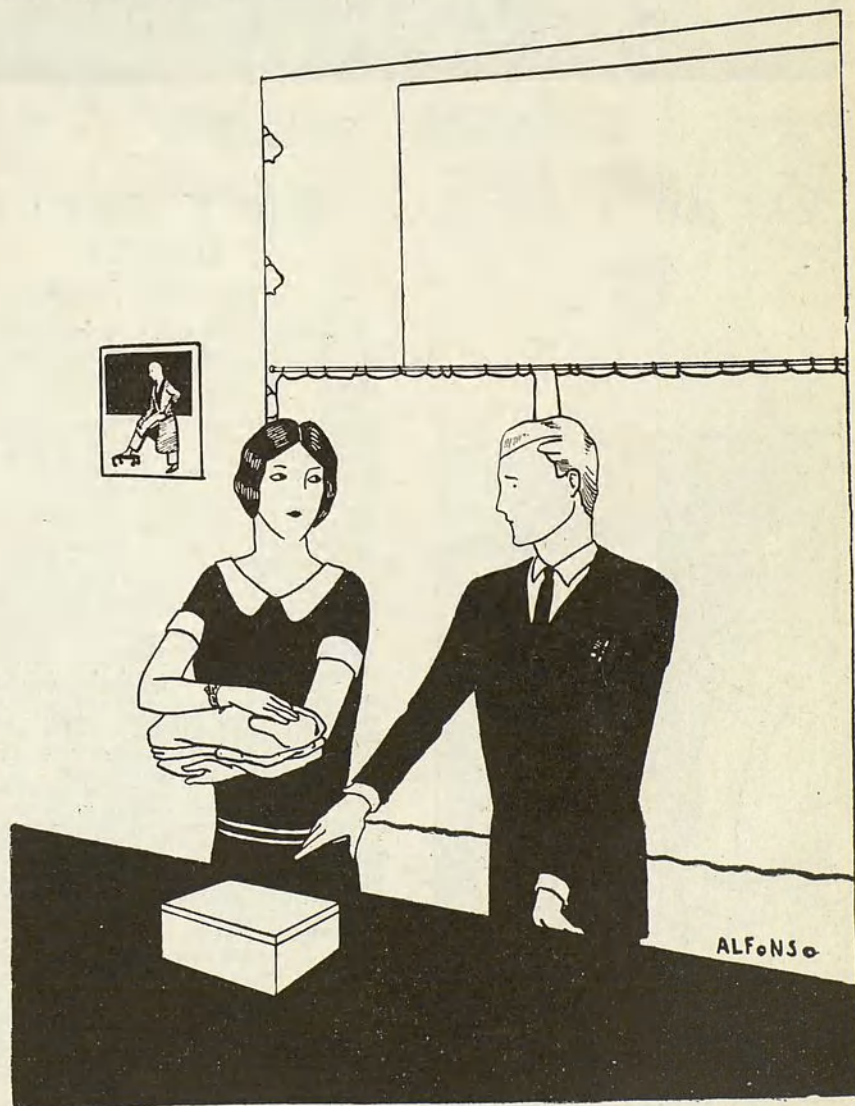
Estos fueron igualmente repartidos entre gente menesterosa, y, ¡lo que es la suerte de las personas!, a Bergamín, a Sánchez Toca, a Sánchez Guerra y a los

anteriormente citados les dieron dos panecillos tiernos por cabeza, y a Melquiades Alvarez le dieron dos duros...

Caída desgraciada. — Esta mañana se cayó en la calle de Alcalá un guardia municipal, teniendo la desgracia de dar con la cabeza en el suelo y de producir gravísimas heridas a la acera y al empedrado de la calle.

Una brigada de obreros ha procedido al arreglo de la vía pública, aunque se duda mucho de que el pavimento pueda sobrevivir al golpe recibido.

ERNESTO POLO



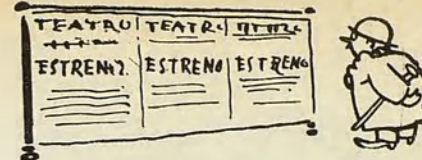
ÉL. — *Esta caja hay que enviarla fuera.*
 ELLA. — *¿Y esta ropa blanca?*
 ÉL. — *Ésa es para el interior.*

Dib. ALFONSO. — Madrid.



LOS ÚLTIMOS ESTRENOS

POR ROBLADANO Y LÓPEZ RUBIO



TEATRO CÓMICO.—"LA REINA PATOSA", de los Sres. Paso, Dicenta y Forns.



ACTO I — ¡Ana, te vas a París en el auto del barón!

Contigo y con la Bertini se marcha mi corazón.



ACTO II — Habéis matado la pata y ahora, encima, la emborrachas... ¡Atrás, miserable! ¡Atrás!



ACTO III — Ha vuelto ya la Patosa, y voy con ella a la ermita;

llora todo lo que quieras, que ya nadie me la quita.

LOS "TENORIOS" DE ESTE AÑO



"DON JUAN" DEL PARALELO

Este año no ha sido el burlador sevillano el que ha salido a nuestros escenarios; el Don Juan que han interpretado en Borrás, en Rambal, en Martori y en Casáls, era de lo más sindicalista: usaba porrón en la tasca y star para dar muerte a don Gonzalo.

BATERÍA MARTÍN

Ya no salen guardias.

En el saludísimo sainete de los Sres. Candela, Nieto y Alonso, había un personaje de guardia, tipo con el que en los sainetes se ha conseguido siempre un excelente efecto cómico.

Se ensayó el papel como de guardia de Seguridad; pero el mismo día del estreno una autoridad prohibió la salida del guardia a la escena del teatro Martín, creyéndolo depresivo para el respeto que los ciudadanos deben a los llamados del Orden.

Los autores, sorprendidos en ese día, lleno de nerviosidades, con este nuevo contratiempo, preguntaron si el de Seguridad podía convertirse en guardia urbana. Tampoco esta atenuación fué concedida. La orden era rajatablesca.

Ante esta cesantía, el actor del teatro Martín encargado del papel de guardia, para salir a cumplir su cometido en *Los celos de la Celes* tuvo que aceptar un papel de portero, trocando su vistoso uniforme por una modesta gorra de lanilla y unas botas de paño.

Y es que, con el nuevo régimen, no se podrán llevar al teatro las autoridades para que sirvan de chulla al vecindario, lo cual está bien, aunque le pongamos algún pero a esta prohibición.

¿Se concibe un sainete castizo sin una pareja de guardias, o un guardia, por lo menos?

No; no es posible. Todos los sainetes, de hoy en adelante, nos resultarán cojos, incompletos.

¿Mucho le deben los sainetes a los guardias; pero, en realidad, los guardias deben aún más a los saineteros. Los guardias han quedado convertidos en un tipo nacional gracias a que los autores los han venido sacando a escena, desde que usaban teresiana, que ya hace un pico.

Ya desde aquellos de

— ¡Qué hacemos, di? — Lu que te dé la gana...

que en *La verbena de la Paloma* hablaban en *u*, con un gallego falso, tan falso como el que hablan en *Rapaciño* todos menos el Rapaciño, hasta los de nuestros días, con todos sus pequeños y grandes defectos, deben su popularidad a los sainetes, y a ellos irán unidos por toda la eternidad.

Ahora bien: como los saineteros no han hecho más que tomar los tales como son, tan cerrados, tan cómicos, tan... sainetescos, en fin, lo que debe procurarse es que los guardias se hagan respetar por ellos mismos y cambien totalmente de sistemas, modales y costumbres, usos y abusos, que los atan al sainete — pese a quien pese — por los siglos de los siglos. Amén.

TEATRO MARTÍN.—"LOS CELOS DE LA CELES", de Candela, Nieto y Alonso.



ACTO I — ¡Ay, Bibiano, so... Bibiano. Pues te aseguro, Bibiano, que te la voy a pegar.



ACTO II — Vuelve a la cacharrería... «Dinero y economía son la mejor lotería.» — Dices bien, esposa mía.

BATERÍA CÓMICO

Los bichos en escena.

Cuando en la lectura de una obra los autores marcan la salida de un bicho a escena, en una de las acotaciones, el empresario tuerce un poco el gesto. El empresario, a quien le hace muy poca gracia tener que alquilar un caballo o comprar una gallina moñuda, insinúa:

— Y no podría arreglarse el libro, ¿eh? En vez de salir el animal, que se limite desde dentro, ¿no? Nuestro segundo apunte hace esas cosas divinamente, desde un relincho a un cacareo...

— No; no es posible — contesta el autor, que siempre tiene confianza en la intervención del bicho —. O se estrena así... o no se estrena.

Sólo ante esta amenaza del autor que da dinero, el empresario baja la cabeza dolorosamente resignado.

Han salido a escena, entre otros animales (no hay reticencia, señores que piensan mal): caballos, burros, gallos, gallinas, pollos, pavos, palomas, loros, gatos, perros, pajaritos, monos... y, finalmente, en *La reina patosa*, como casi lo indica su título, sale una manada de patos y una pata que juega importante papel en la obra.

Cualquiera de estos animalitos es causa de muchas preocupaciones para la Empresa. Hay que dar de comer a este racionista con alguna regularidad, misión que debe caer en la jurisdicción del segundo apunte, que, a nuestro juicio, es el que más trabaja en los teatros, sin lograr el aplauso del público que otros con menos méritos consiguen.

Cuando se puso en Eslava *El niño de oro* por la compañía de Vila, el caballo del tercer acto (caballo que el público ha tenido ocasión de ver representar comedias mejor que muchos primeros actores en casi todos los teatros de Madrid, que lo alquilan a Perelli) tenía que sufrir toda clase de terribles pruebas, bajando y subiendo escaleras empinadísimas, hasta llegar al escenario por un laberinto de pasillos.

Y menos mal que ahora un pato, o una manada de patos, se puede adquirir en buenas condiciones, y que un caballo sólo hace subir una pequeña cantidad en la nómina de la compañía; pero consideremos que los autores no se resignarán a sacar a escena siempre los mismos animalitos.

Dentro de poco, algún autor, pretendiendo llevar procedimientos y efectos nuevos al teatro, dirá:

— Por la derecha sale una cebrá... Al final de esta escena el conde caza una pantera... En el tercer cuadro, Elvira es apresada por un águila, y se eleva por los aires... Y nada de animales figurados, ni hechos de trapo o de cartón, ¿eh?... Eso estaba bien en los tiempos de *Los sobrinos del capitán Grant*, cuando en el teatro todo era convencional...

LOS "TENORIOS" DE ESTE AÑO



PRICE

Las tres gatos que salieron a escena el día del debut de la compañía, y que, con el bombero, eran los únicos cuatro gatos que había en todo el teatro.

LAS FORMAS DEL AMOR

EL SANTO DE ADELAIDA

Personas. — WENCESLAO NEVARES, diez y siete años, estudiante del sexto año del bachillerato, muy tímido, con la timidez del que aun no se ha lanzado a enamorar a ninguna mujer. ADELAIDA MENDIRIOLA, cuarenta años, viuda de tres esposos legítimos, muy decidida, con la decisión de quien ha bogado mucho en el paquebote del amor.

Wenceslao está que tropieza por Adelaida, antigua amiga de sus padres, y va a visitarla con el pretexto de felicitarle sus días. La viuda recibe a Wenceslao con una afabilidad que acorta más aún el valor del joven.

ADELAIDA. — ¡Por Dios, Wencesladito,

no se quede en la puerta, que hay mucha corrientel...

WENCESLAO (*sin moverse, porque la timidez le tiene atornillado al pavimento*). — No, no, señora; si no me quedo...

ADELAIDA. — ¡Pero pase usted, criatural!

WENCESLAO. — ¡Sí, claro!... Ya paso, ya... (*Y sigue como un poste.*)

ADELAIDA (*levantándose y cogiéndole por un brazo*). — ¡Qué demonio de muchacho! Continúa usted tan tímido como en la época de la dentición. Siéntese aquí, a mi lado... (*Se sientan juntos en un confidente.*) Siempre ha sido usted igual de cobarde. Recuerdo que

cuando era chiquillo y yo iba a ver a su mamá en vida de mi Heliodoro, usted se metía debajo del diván para que no le hablásemos...

WENCESLAO (*hecho un lío*). — Sí, eso es; debajo del diván.

ADELAIDA. — Pero es una ridiculez que te trate de usted. Desde ahora te trataré de tú. ¡Por Dios!... Si casi puedo ser tu madre...

WENCESLAO (*contemplándola con la boca abierta*). — ¡Mi madre! (*Wenceslao trae en la mano un ramo de flores, y como está tan azorado, lleva el ramo debajo del brazo, cual si fuera un plumero.*)

ADELAIDA. — ¡Tu madre, sí, señor! Naciste precisamente el año de mi segundo matrimonio... ¡Justo: el novecientos seis! Yo tenía veintitres años...

WENCESLAO. — Y yo entonces era muy pequeño...

ADELAIDA. — ¡Pequeñísimo! Pesabas cuatro kilos y setecientos...

WENCESLAO (*que va de tumbo en tumbo*). — Cincuenta y uno menos que ahora... (*Hay una pausa; Wenceslao comprende que debe decir algo más espiritual; pero no se le ocurre nada. En vista de ello, inicia una risita.*) ¡Je, je...

ADELAIDA (*dándole ánimos*). — Y esas flores, ¿son para tu novia?

WENCESLAO (*súbitamente serio*). — Sí; es decir, no. Son para usted.

ADELAIDA. — ¡Ah!

WENCESLAO (*tomando carrerilla como si fuese a saltar*). — Son para usted, porque tengo mucho gusto de regalárselas en el día de su santo. Claro que no tienen ningún valor para usted, que habrá recibido tantos regalos; al fin y al cabo lleva usted muchísimos años celebrando su santo y... (*Súbitamente se calla, aterrado por lo que acaba de decir, que resulta una ofensa para Adelaida.*)

ADELAIDA (*enrojeciéndose ligeramente, pero dándose cuenta del mal rato que está pasando Wenceslao*). — Son muy bonitas... (*Cogiendo las flores y oliéndolas.*) ¡Qué perfume tan delicioso!

WENCESLAO. — Son rosas, que siempre resultan más baratas. Porque, claro, no valía la pena de gastarse... (*Y esta vez, ante la barbaridad que ha emitido, se queda mudo y casi sordo.*)

ADELAIDA (*como si no lo hubiese oído*). — No sabes cuánto te las agradezco... A mí las rosas me encantan. (*Una nueva pausa, durante la cual Adelaida coloca las flores en un búcaro.*)

WENCESLAO (*dando forma a una idea que le bulle en el cerebro*). — Si usted quisiera ponerme una rosa en la sopalá...

ADELAIDA. — ¿En la qué?



Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ. — Málaga.

— ¡Ya verás! Es una fonda estupenda. Hasta ponen bisteques.
— ¿Sí?... ¿Y cómo los ponen?
— Con pispapeles, para que no se vuelen.

WENCESLAO (*que ya no ve casi*). — Aquí, en el ojal de la pasola...

ADELAIDA (*comprendiendo y riendo*). ¡Ah, ya! (*Le coloca una rosa en la solapa*). Eres muy bromista...

WENCESLAO (*queriendo borrar con una hombrada el ridículo de sus anteriores niñerías*). — Y usted es una mujer que... (*Pero se atraganta y no sigue*).

ADELAIDA (*dándole un empujón moral*). — ¿Qué?...

WENCESLAO. — Que..., ¡vamos, que...! (*Un silencio angustioso*). ¿A cuántos estamos hoy?

ADELAIDA (*para su coletito*). — ¡Pobre chico! (*A Wenceslao, a cuya vera se sienta de nuevo*). A jueves. Pero eso no tiene importancia... ¿Estudias mucho?

WENCESLAO (*viendo un cable al que asirse*). — No; no puedo.

ADELAIDA. — ¿Por qué? ¿Estás enfermo acaso? (*Colocando un plano inclinado para que Wenceslao se deslice*). ¿O es que estás enamorado?

WENCESLAO. — Sí; eso. (*Dejando escapar su entusiasmo en forma poco exquisita*). ¡Estoy enamorado como un animal!

ADELAIDA. — ¡Jesús! ¿Es que no te corresponde la dama de tus pensamientos?

WENCESLAO. — No sé... (*Dándose cuenta de pronto de que la línea recta es el camino más corto entre dos puntos*). ¿Qué le parezco a usted?

ADELAIDA (*parando la estocada con el florete de su experiencia*). — Un muchacho muy amable.

WENCESLAO (*tomando más bríos que Bayardo*). — Digo como hombre.

ADELAIDA. — Cuando yo digo que eres muy bromista...

WENCESLAO (*apremiante, con el valor súbito y pasajero de los tímidos*). — ¡Respóndame! Hablo en serio.

ADELAIDA (*un poquito cortada ante el impetu del adversario*). — Pero, hombre, cómo te pones. Me pareces inteligente, guapo, simpático...

WENCESLAO (*hecho una fiera en el ataque*). — ¡Es que yo estoy loco por usted! ¡Es que me gusta usted de un modo que espantal! ¡Es que es usted la mujer más linda que conozco!...

ADELAIDA. — ¡Criatural (*Se levanta*)!

WENCESLAO (*levantándose tam-*

bién). — ¡Es que si usted no me quiere, yo hago una brutalidad!

ADELAIDA. — ¡Oh, oh, Wenceslao! (*Va al timbre y llama*).

WENCESLAO. — ¡No llame usted, no me eche usted! Si usted no me quiere, me voy al Tercio.

ADELAIDA. — Wenceslao, te aseguro que yo...

WENCESLAO. — ¡Si usted me echa sin contestarme, me mato y la mato, digo la mato y me matol... (*Lector, considera que Wenceslao tiene diez y siete años y es un tímido*)...

UNA DONCELLA (*apareciendo en la puerta*). — ¿Llamaba la señora?

WENCESLAO. — ¡No!

ADELAIDA. — ¡Sí!

WENCESLAO (*cayendo abrumado en un sillón*). — ¡Oh!

ADELAIDA (*a la doncella*). — Ponga usted dos cubiertos en la mesa, porque el señorito Wenceslao come conmigo.

WENCESLAO (*levantándose entusiasmado*). — ¡Ah!

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

LA ÚLTIMA MOSCA

La última mosca desayunó aquella mañana con el general Primo de Rivera. Estaba algo triste, sí, un poco murria la última mosca; pero muy orgullosa de ser la última mosca. Cuando se ahitó de chocolate y de bizcocho, de mantequilla, de dulce, fué relamiéndose a posarse sobre una oreja del ilustre repúblico, y vanidosamente murmuró:

— ¡Yo soy la última mosca!

El general, enojado, meneó de un lado a otro la cabeza para sacudirse el bicho.

— ¿Cómo que no? — rezongó la última mosca, alzando el vuelo y volviéndose a posar donde lo estaba. — ¡Yo soy la última mosca, te repito!

El general agitó de nuevo, con más brusca energía, la cabeza a izquierda y derecha, malconteniendo un resoplido de ira.

Entonces la mosca se plantó encima de la mesa, frente por frente de su contradictor, aunque no a su alcance, y con mímica fisga, le lanzó por tercera vez:

— ¡Quiéraslo o no, digas lo que digas, yo soy la última mosca!

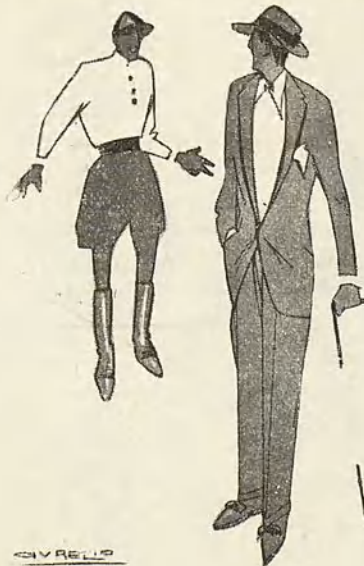
El milite nada dijo: asió un bloc de decretos que junto a sí tenía y lo arrojó corajudamente a la cabeza del insolente hexápodo.

— ¡Decretitos a mí?... ¡Ahora verás! — runrunó ileta la agredida.

E infrió al presidente del Directorio, en plena faz, tal estiletazo, que el gene-

ral, saltando en la silla, se dió un bofetón que casi le cuesta un diente.

— Hasta luego. ¡Que no sea nada! — bordoneó irónica la última mosca.



CIVRELL
T. A. 11

Dib. AURELIO. — Asturias.

EL JOCKEY. — *Chico, no me detengo, porque hay carreras de caballos y tengo que correr yo.*

Y por una rendija del balcón escapó a la calle. No tenía ganas de andar ni de volar, y tomó un taxi. El día estaba, además, desapacible, húmedo, y allí dentro, en el coche, se iba abrigadita. Lo malo era, sin embargo, que ni el caucho, ni el cristal, ni la gutapercha le gustaban. Todo ello era insípido o desabrido, indesucable, incomible. Y aunque ella había desayunado opíparamente en casa del general, el abdomen le seguía pidiendo cosas. Abandonó resuelta el coche y entró en el café de Castilla.

— ¿Qué tomaré? — se dijo. — ¿Beberé un poco de leche?... Sí; eso es... Voy también a probar estas ensaimadas... ¡Hombre: un terrón de azúcar, una lonchita de jamón! ¿Y si me hiciera jamón en dulce?

Cuando todo lo hubo goloseado — y con una espantosa pitima de ron y otra de beneditino, que hacían su vuelo por demás mariposeante —, se puso a curiosear las graciosas caricaturas del dibujante Sirio que decoraban el establecimiento, y sobre una de las cuales sintió el prurito de poner los puntos sobre las íes al autor (*i. i.*). Luego, sin duda por si éste quería pedirle explicaciones, dejó su tarjeta en el mostrador, sobre una bandeja.

Desde el café, en un Ford blasonado se hizo llevar a las Calatravas, donde con el acéite que sustrajo de una lámpara, un poquito de arroz aromatizado que le proporcionó una madamisela y

unos cuantos microbios numismáticos que cogió a una perra de la mesa petitoria, se hizo una especie de paella individual en una tulipa, y la despachó después en la bombilla.

Pero como siguiera sintiendo debilidad, marchó en una moto a inventariar La Mallorquina. Luego, en hombros de Riego, cuyos magistrales zurcidos quiso también, aunque inútilmente, someter a inventario, se dió una vuelta por las confiterías, fruterías y ultramarinerías de la calle de Cádiz. Allí vió pasar a Artemio Precioso, y se fué con él hasta el Colonial, cuyo *menu* consultaron juntos.

De improviso sintió un vahido, una horrible congoja. ¡Oh, qué malísima se ponía!... ¿A quién acudir, qué hacer?

Muñoz Seca, que en aquel momento pasaba por delante del Colonial, llevóla consigo y la dejó en la puerta misma de la farmacia de Gayoso. Le besó ella la mano con reconocimiento, y enderezó el vuelo a la rebotica.

Avidamente chupeteó un frasco de jarabe, se dió luego unos pediluvios de ácido láctico, bebió un sorbo de limonada, decentó una tableta de aspirina, cató un supositorio, aspiró un poco de amoníaco, tomó un baño de asiento de goma arábica y se puso, por último, a los pies una botella de agua caliente.

La mortal congoja había cesado ya, y sintióse invadida por un laxo y gustoso amodorramiento iluminado de imágenes.

Sonábbase viajera por los trópicos, por aquellos países maravillosos de que tanto le había hablado una prima suya, y donde el aire, empapado de sol, es

siempre cálido, y multitud de bellas corolas, de frutos odorantes y opulentos, regalan el paladar del mundo alado con sus néctares y sus jugos, de fragancia tal, que embriaga lo mismo que un vino capitoso.

¡Oh, qué veste deslumbradoramente tornasolada, qué veste la suya en aquel país de los plumajes nunca vistos, de las joyantes alas de seda, de los coseletes de fulgurantes coloraciones, de las pieles exóticas! ¡Oh, qué amores calenturientos bajo el azul enharinado de las noches y el rojo blanco de los mediodías!...

Mas la dicha es efímera. Una tarde, cierto famoso naturalista la sorprende sola en el bosque, y va y la rapta, y parte con ella hacia ingratos climas, a las tierras malditas de los hielos perpetuos y las noches eternas. Parecele aún tener bajo las patas y transmitírsele al cuerpo todo la algidez del agua petrificada, e instintivamente se apresta al vuelo. Pero con espanto advierte que no puede escapar al letal contacto, que está presa, adherida al suelo por sus extremidades. Sus alas se agitan desesperadamente en el aire, con un rumor-zuelo de sirena que pide auxilio allá en el confin remoto.

Entonces despierta. No, no ha estado en los trópicos: se durmió sobre una botella de agua caliente. Ni tampoco en las tierras árticas: era que el agua de la botella se iba quedando fría. ¡Oh, qué sueño más delicioso, pero qué pesadilla más horrible!... Y se dispone a abandonar su sesteadero; pero el mismo terror de antes la sobrecoge: no puede moverse; está presa, sujeta por sus seis extre-

midades al casco de la botella. ¿Seguirá soñando?... Ella no sabe, no, que los baños de asiento de goma arábica producen efectos aglutinantes, y desgarradoramente hace otra vez vibrar sus alas con un sonecillo de sirena.

¿Nadie oirá en ese mar de cachivaches que es una rebotica el lamento angustioso, la llamada desesperada? ¿La Providencia será un mito? ¿La telepatía será un embolismo?... No. Bajo la apariencia de un simple mancebo de botica, Merlín el encantador da un codazo a la botella, que cae y forma en el suelo como un archipiélago de coral, cuyas riberas festonea la espuma. Una mano invisible, fría, suave, desata las ligaduras de la cautiva y le deja en cada una de las patas una chispa de aljófara. La mosca, avarianta, se mete el presente en el bandullo y sale huyendo, toda escamada, de aquel lugar de hechicerías...

¿Adónde ir ahora? La tarde está destemplada y ella también. Se refugia en el Metro.

Pero en Bilbao su malestar se hace más agudo, y dos hermanitas de la Caridad la suben a tierra en lamentable estado de postración.

Al pasar por delante de uno de los bares de la glorieta,

— ¡Oh, qué ideal! — exclama con alborozo, dándose en la frente una patada —. ¿Para qué están las inyecciones de cafeína?

Y rauda vuela hasta una cafetera, hunde en el líquido la trompa, se la clava después en el epigastrio... y sopla.

En esto, un mozo tapa la vasija. Repentinamente hácese la noche en su interior, y un violento temporal agita las aguas de aquel hirviente mar negro. ¡Qué tremenda noche, qué borrasca más espantosa!...

Cuando el día vuelve, la náufraga, pataleando junto al borde de un pocillo de achicoria lacteada, vese en presencia de su biógrafo.

Su biógrafo acude presuroso a salvarle la vida, y a continuación, incomprensiblemente paradójico, le da muerte.

En aquel instante, junto al oído del asesino, burlona y provocativa, otra mosca modula:

— ¡Yo soy la última mosca!

— ¡Impostora! — replica mosqueado el biomoscógrafo —. ¡Estás hablando con el matador de la última mosca!

— ¿De la última mosca? ¡La última mosca es invulnerable, es ubicua, es inmortal! ¡Como el ave fénix, la última mosca se sobrevive, renace de sus cenizas! ¡Es invencible, inexterminable! ¡Se ríe del calendario y del termómetro, burla a los que la oxean, escapa a toda policial... ¡Sí; morirá el último romántico, desaparecerá el último bohemio, pasará a la historia el último chulo, le llegará su última hora al último mono, antes que deje de existir la última mosca! ¿Te enteras? ¡Voy a aceptarte ese terrón de azúcar!

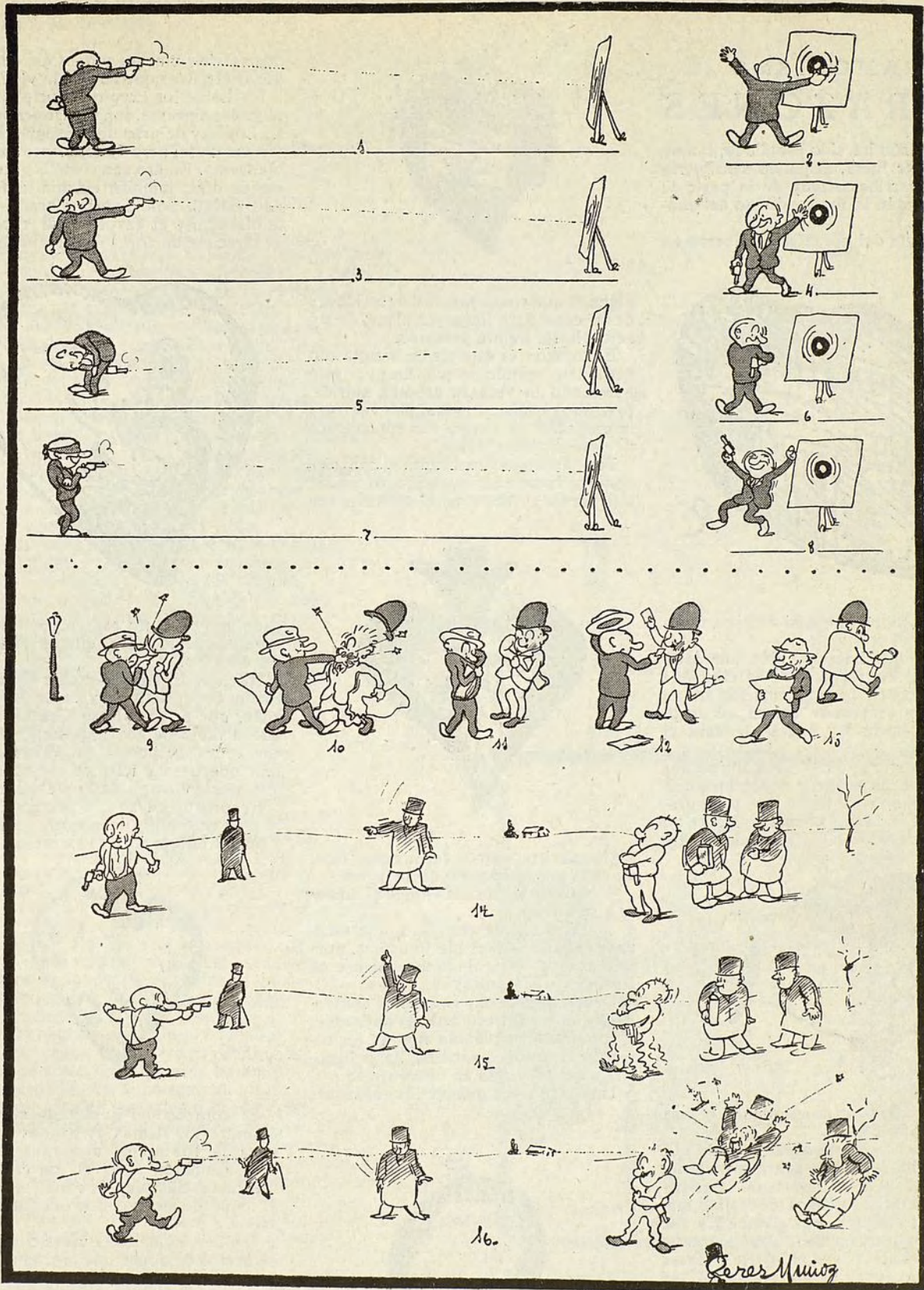
MANUEL GALÁN



Dib. CUESTA
Madrid.

LA MAMÁ. — Bien; pero... ¿usted, con qué cuenta?

— ¡Caramba!... ¿Con qué voy a contar?... ¡¡Con los dedos!!



EL BUEN TIRADOR, O LA PRÁCTICA HACE MAESTROS,
por Pérez Muñoz.

RAMONISMO CORAZONES

El corazón ha sido estudiado, o muy de la parte fuera, según la sensiblería del que escribe, o muy de la parte de dentro, según la impasibilidad del anatomista.

La silueta del corazón es diversa en



algunos que consultan las necesidades de su casa para llevarse quince, diez y seis o hasta treinta palabras.

El corazón es esponja de sangre con verdadero sentido propio. Siempre está apretando la vida su esponja sufrida; pero de su mismo manantial vuelve a impregnarse de sangre fluyente a poco de perderla exprimido.

Todos tomamos a broma el corazón, como si fuese una invención en vez de una verdad; y mientras el corazón, con



todos los individuos casi siempre, fatalmente.

Habría que hacer al niño una fotografía con los rayos «uve de corazón» para descubrir la conformación de su corazón y prevenirse contra las inclinaciones hacia las que le ladeara el corazón.

Con esos rayos V descubriríamos quién sabe las cosas, y desde luego no aplicaríamos ya a nadie una pena grave. «¡Qué le vamos a hacer, si tiene un mal corazón!...» «¡Qué le vamos a ha-



su forma irregular y caprichosa, tiene en cada uno el imperio de su forma.

—No tienes corazón — dice el amante a su amada.

Y el corazón de ella tiene que escuchar callado la terrible injusticia, aunque a veces la protagonista piense en sus adentros: «Quizás sea verdad.»

Debería haber un padrón de corazones, pues en las estadísticas optimistas y confortadoras debían figurar los corazones buenos, los malos, los peligrosos y los que están en observación.

Una verdadera guía de los corazones



cer, si su corazón es esquinado o está anquilosado!...»

Guía de los corazones se podría titular un buen tratado sobre la materia, gracias al cual los padres no se empeñarían en dar a los hijos un destino que ellos no sienten; y, por ejemplo, a ese que apareciese con un opulento corazón lírico, no habría que obligarle a torcer su camino, y si se empeñaba en ser poeta, habría que ayudarle a que consiguiese la más elevada posición académica, ganándose una peseta por palabra, que es en lo que tienen estipuladas las palabras los académicos, habiendo



nos serviría mucho, sobre todo en esas horas electivas que hay en la vida.

En Italia, los exvotos principales, las ofrendas sinceras, son corazones de plata. Los hay de primera, de segunda y de tercera clase; pero todos tienen la misma forma. En eso son como los corazones de cera, también de una uniformidad estéril. Sólo habría sinceridad en la ofrenda, y el exvoto sería eficaz, si se ofreciese un corazón parecido al que



cada uno tiene, no ese corazón de una regularidad idéntica, que es el tópicos del corazón.

Hay que formar la escala de los corazones y aproximar y casar los corazones que se completan. Gracias a una buena tabla de los logaritmos de los corazones, se podría encontrar la pareja oportuna y feliz de ese caballero que siente el vago deseo de una novia.

El corazón es la isla sentimental en lo más recóndito de nosotros mismos, y tiene configuraciones extrañas.



El corazón del humorista se destaca entre los demás corazones porque tiene la forma de una rana que se pasa cantando todo el día el alegre «carrascasclás» de las ranas mezclado al toque de melancólica ocarina de los sapos.

También es muchas veces como esos escuerzos de goma que lanzan al apretarlos un grito burlón, o niños llenos de agua que hacen pi-pi humorísticamente.

RAMÓN GÓMEZ DE LA SERNA

Ilustraciones del escritor.

HABLADURÍAS PIDIENDO UNA VACANTE

«A don Manuel Retana.

Señor mío:
Yo, Ramón Cabezón y Montefrío,
he leído en despachos muy recientes
que se ha muerto en Valencia *Don Tancredo*,
flor y nata de bípedos valientes,
que hace nueve o diez años en el ruedo,
luciendo camiseta y calzoncillos,
y sobre un artesón puesto al contrario,
sin moverse, aguardaba a los novillos
con valor estupendo y temerario;
y hoy me atrevo a pedir a usted una cosa
que de fijo ha de *sernos* provechosa.
Bien sé que aquella suerte en el abismo
se hundió; pero es igual, las modas vuelven,
y en tanto que otras cosas se resuelven,
quizás vuelva a explotarse el tancredismo.
No se trata de mí, pues de una rata
me asusto si en mi cámara se hospeda;
¡de mi madre política se trata,
que si ha sido hasta aquí doña Torcuata,
mañana puede ser doña Tancredal!
Yo le suplico a usted que la contrate
en nombre de la Empresa de esa plaza
para que un toro salga y me la mate;
aunque es tan terrorífica su traza,
y es tan fea y extraña su figura,
que ningún toro habrá probablemente
que, al verla por detrás o por el frente,
no se sienta atacado de locura
y salga, sin tocarla, de estampía,
bufando a la que juzga estatua fría.
Seguramente me dirá usted ahora:
«¿Cómo se ha de prestar esa señora
a imitar al difunto *Don Tancredo*?»
Pues bien: yo le aseguro, porque puedo,
que la he de convencer de fácil modo.
¡Si ella suele prestarse a casi todo!...
Hágamela usted un traje de capricho;
pero, por Dios, no me la ponga blanca
como al buen *Don Tancredo*, por si el bicho,
creyéndola de piedra, no se arranca;
yo prefiero que usted la ponga verde,
a ver si un toro sin piedad la muerde,
creyendo que no es madre de mi esposa,
sino monte de alfalfa misteriosa.
Respecto al positivo resultado
del negocio que dejo presentado,
mi suegra, usted y yo lo partiremos,
y le voy a decir cómo lo haremos:
para ella, los aplausos y la gloria
y el pase de sus actos a la Historia;
para usted, las entradas más completas,
y yo, que humilde soy, conforme quedo
con cobrar cada vez las mil pesetas
que al principio cobraba *Don Tancredo*,
cosa a la cual me veo precisado
(como entre mis amigos es notorio)
desde que el veintidós del mes pasado
me declaró cesante el Directorio.
Y no le canso más. Su decisión
aguarda con fatigas...

Cabezón.»

Por la copia,
JUAN PÉREZ ZÚÑIGA



CISNEROS

Dib. CISNEROS. — Madrid.

— Señor bombero, ¿me hace usted el favor de llenarme el botijo?



A. STRAESSLE, ca.

Dib. STRAESSLE. — Madrid.

ELLA. — Es sorprendente el efecto que me producen las aguas. En quince días he ganado un kilo de peso.

ÉL. — ¿Sí?... ¿Y por qué lado?

OFICINA DE RECLAMACIONES

— Buenos días. Me hace usted el favor de decirme si es ésta la oficina que ha abierto el Directorio pa quejarse.

— No, señora; para quejarse se va usted al hospital o a su casa. Aquí es la oficina de reclamaciones municipales.

— Eso quería decir. Yo vengo a hablar mal de la portera de mi casa.

— ¡Vaya por las veces que ella habrá hablado mal de usted!

— Y que tiene una lengua que es de papel de lija completamente. Verá usted...

— No; antes de que me cuente usted cosas de la cancerbera, debo advertirle que aquí no se tramitan querellas particulares; aquí sólo admitimos reclamaciones de cosas relacionadas con las ordenanzas municipales, como géneros alimenticios adulterados, faltos de peso...

— ¡Ahí le duele!

— ¿Dónde?

— Quiero decir, en lo del peso, porque a pesada no hay quien le gane a la portera de mi casa.

— Decididamente, no nos entendemos.

¿Es falta municipal la que comete esa individua?

— No; es sobra.

— Pues mande usted la reclamación en papel. ¡Ah..., y procure que sea lo más suave posible! A ver, otro.

— Servidor, Restituto Buenabarba y Más.

— ¿Más que buena barba? ¿Será el pelo también?

— No, señor; es el apellido.

— ¡Ah..., sí! Ha sido un pequeño colamburgo.

— Ya, ya. Pues yo venía sobre un pescadero.

— ¿Le ha dejado usted en la calle como un taxi?

— No; el pescadero no viene consigo.

— ¡Connigol!

— ¿Con usted? Entonces es inútil que presente la reclamación, porque es usted compinche del tío ése.

— ¿De qué tío?

— Del que vende el pescado, que dice que está fresco y luego resulta que el fresco es él.

— A ver, explíquese.

— Yo, señor municipe o edilicio, que de ambas maneras sé decirlo, soy aficionado a las sardinas fritas. Usted dirá que si no me da vergüenza confesarlo. Pues no, señor; no me da.

— ¡Yo qué he de decir!

— Claro está, que si usted me ofrece un pollo asado o un trozo de cabeza de jabalí, no se me va ni el pollo ni se me va la cabeza; pero, ¡ay!, las sardinas son mi debilidad. ¡Las encuentro tan saladas!

— Sí, son graciosas moviendo la colita. Adelante.

— Pues bien: siendo, como le digo, mi debilidad las sardinas, sobre todo antes de comer, porque después de comer no hay quien tenga debilidad, fui a casa de ese guarro.

— Tenga cuidado hacia donde apunta el decir ese.

— Me refiero al expendedor de sardinas. Y al verlas en el mostrador tan frescas y lozanas, me dije: «Esta es la mía», y cogí una para examinarla de cerca.

— Y, claro, el vendedor le diría que no

era la de usted, sino la suya, por lo menos hasta que la pagase.

— Ca, me hizo grandes alabanzas de ellas, asegurándome que eran del Cantábrico y que habían llegado de San Sebastián por la mañana.

— Hasta ahora todo va bien.

— Va mal, porque al adquirir medio kilo les dije unas palabras en vascuence, para asegurarme de su cantabricidad, y como si las pronunciara en griego.

— Claro; cómo va a contestar un pescado, y muerto además.

— ¿Muerto? Pero si el tío aquel estaba gritando: «¡Sardina viva, viva!» Cuando le pregunté el motivo de aquellas vivas, me respondió que eran manifestaciones de su entusiasmo.

— En resumen: usted ¿qué quiere, qué reclamación hace?

— Que se obligue a los comerciantes a que expendan los géneros con la partida de nacimiento de los mismos y declaración de dos testigos.

— Bueno, se hará constar la reclamación; pero dígame: ¿las sardinas le sentaron bien o mal?

— Ni una cosa ni otra, porque no las como; las adquiero para mi gato.

— ¡Vaya por Dios! A ver otro. ¿Usted qué desea reclamar?

— ¿Yo? Que cambie de genio mi señora.

— ¡Eso no es cosa del Ayuntamiento!

— ¿No? Entonces, ¿para qué les han renovado a ustedes?

— A mí no me han renovado nada, ni siquiera las papeletas del Monte que tengo.

— Quiero decir a los concejales. Porque mire usted, yo tengo una señora, que si el Directorio la conoce personalmente, la manda inmediatamente a provincias para eso de meter alcaldes y secretarios en la cárcel.

— ¿Tiene el genio fuerte?

— De hierro. ¿Ve usted este lobanillo que tengo hacia la coronilla? Pues es una expresión conyugal.

— ¿Se lo ha hecho su esposa?

— Mitad ella y mitad una cacerola que me tiró a la cabeza.

— Sí que es eso fuerte.

— Ya le digo a usted, de hierro..., ella y la cacerola. Y yo he pensado que, ahora que nos viene el bienestar a los ciudadanos, no es cosa de que yo esté amargado por el genio de mi conyuge.

— Pues eso no lo podemos arreglar aquí.

— Entonces, ¿qué hago?

— Allá usted. Otro.

— Yo venía a que...

— No puede ser.

— Pero si no lo he dicho aún.

— Es igual. ¡Rediez con las reclamaciones! Esta gente lo que se cree es que somos el Supremo Hacedor. Aquí se van a reformar las costumbres; pero no a hacer el mundo de nuevo. ¿Estamos?



— ¿Con qué objeto haces eso, Joseph-Mari?

— ¿No ves o qué?... ¡Con la escoba, pues!

Dib. ARTETA. — Bilbao.

A. R. BONNAT

DEL BUEN HUMOR AJENO

LA RUPTURA, por Pierre Veber

Cuando colaboré con él, Arjona estaba en plena crisis sentimental. Al día siguiente de comenzar nuestra comedia, me dijo:

— Escúchame. Te apeo el tratamiento porque la revelación que voy a hacerte es de naturaleza íntima, y siempre se tutea al confidente. ¡He decidido dejar a Cocó!

— ¿Qué Cocó? — pregunté —. Hay Cocó... tes a espueñas.

— La Cocó a que aludo es Consuelito Zamora. He vivido con ella tres años y no me ha costado un céntimo. No debo, pues, abandonarla sin hacerle un obsequio. ¿Qué crees que le regale?

— Hombre, no sé.

— Voy a darle dinero, una buena cantidad... diez mil pesetas, por ejemplo. Esto es práctico: ¡dos mil dureses!

Mentalmente hice un cálculo y objeté:

— Diez mil pesetas por tres años de felicidad representan tres mil trescientas treinta y tres pesetas con treinta y tres céntimos al año, o sea, poco más de doscientas ochenta pesetas mensuales.

— No obstante — replicó Arjona —, son diez mil pesetas, y diez mil pesetas constituyen una cifra respetable.

— ¿Las tienes tú?

— Todavía no; pero mi abuelo, el viejo señor Regúlez, me las proporcionará. *Le trabajo* en ese sentido.

Reanudamos la tarea. Yo abrigaba mis dudas sobre el resultado de la combinación Cocó-Arjona-Regúlez. Conocía, en efecto, la fama del anciano, que, teniendo fortuna, no pasaba por hombre que atara los perros con longaniza. A él se debe este célebre aforismo: «¡Es necesario robar, robar, robar! ¿Sabéis lo que dicen luego las gentes? Pues dicen: ¡Buenos días, mi querido señor Regúlez!» ¡Frasas nobles y enérgicas, que resumían toda una vida de trabajo consagrada al despojo y al lucro a costa del vecino.

Hubiera apostado a que el digno señor no se dejaría atrapar los anunciados miles de duros; sin embargo, de apostar, habría perdido. Si el viejo Regúlez era duro de pelar, Arjona no tenía rival para sacar dinero de los bolsillos más reacios. Tres días después de nuestra conversación, me confió:

— ¡Ya está!

— ¿El qué?

— Tengo las diez mil piastras...; mejor dicho, las tendré mañana. El padre de mi madre se deja extraer la cantidad íntegra.

— Entonces, ¿Cocó debe de estar satisfecha?

— Todavía no — contestó Arjona volviéndose de pronto pensativo —; que-

dará contenta cuando la lleve sus cinco mil pesetas.

— Dispensa; tú hablabas de diez mil.

— Sin duda; pero he reflexionado. Tengo urgente necesidad de fondos en este momento. Cocó va a marcharse con un tipo riquísimo. ¿Qué representan para ella cinco mil pesetas más o menos? Aparte de que — tú lo sabes — mil duros de golpe son un bonito ingreso.

— Conformes. Piensa, con todo, en que cada uno de tus años de dicha no te resultan a más de mil seiscientas sesenta y seis pesetas, que hacen al mes...

— ¡Me sacas de quicio! — interrumpió Arjona —. ¡A trabajar! ¡Se habla, se habla, y el trabajo no adelanta!

Al día siguiente pregunté a Arjona:

— ¿Cómo está Cocó?

— Muy bien; la he visto esta mañana. Partirá la semana próxima para Buenos Aires. Está con un argentino que no le niega un gusto y hasta quiere casarse con ella. Tendrá haciendas grandes como provincias, lleva las joyas a puñados, y, enseñándome las sortijas, me decía: «Creeme que siento no tener más que diez dedos.»

— Tu regalo de despedida ha debido hacer su pequeño efecto...

— Aun no la he hablado de ello. Nos dejamos llevar por los recuerdos; ella se puso muy tierna... ¡Pobre Cocó! ¡Es una mujercita tan delicada!... Tuve miedo de ofenderla hablando de esas tres mil pesetas.

— ¿Cómo?... ¡Tres mil pesetas!... Me



Dib. URIBE. — Madrid.

— ¡Qué penal... No me cabe el anillo.

— ¡Caramba!... ¡Pues eres la primera con quien me ocurre esto!...

acuerdo de que querías darle cinco mil cinco estupendos billetes de mil.

— ¡Ayl Me encuentro asediado. No sé cómo se las arreglan esos animales de proveedores para informarse tan bien: cuando tengo dinero, todos se apresuran a mandar la cuenta. Daré a Cocó treinta billetes de cien pesetas. Se alegrará mucho: no aprecia el valor del dinero.

Transcurrieron dos días. Arjona parecía preocupado y nada me confiaba de sus intimidades; pero rumiaba amargos pensamientos. Llegábamos al desenlace de nuestra obra, en el que el príncipe sacrificaba heroicamente una herencia de varios millones con tal de salvar a la joven que adora. Nadábamos entre grandes sentimientos; nuestros personajes luchaban por cuál sería el más generoso, el más desinteresado. Al tercer día, Arjona, durante un descanso, me lanzó esta pregunta:

— ¿Conoces algún joyero de conciencia?

— Tal vez; depende de lo que le encargaras.

— Quiero una sortija de efecto, que no cueste más de mil pesetas. Es para Cocó.

— ¿No basta con las tres mil?
— ¡Las tres mil pesetas! ¡Están muy lejos! Jugué ayer al *pocker*, y no me



— ¿Por qué le ha puesto usted un pañuelo al árbol?

— Porque como es un sauce llorón...

(De Fantasio, de Paris.)

quedan más que mil. Decentemente, no puedo ofrecérselas a la pobre Cocó; aun en monedas de peseta significan bien poco, mientras que una sortija bonita...

Perdí de vista a Arjona después de la representación de nuestra primera obra, que no alcanzó más que un éxito de galería. Ayer volví a encontrarle. Charlamos un rato: «¿Cómo está Fulano?» «¿Cuánto hace que no ves a Mengano?», etcétera... De improviso me acordé de Consuelito Zamora:

— ¿Tienes noticias de Cocó?

— ¡Pobre! — me dijo —. Se encuentra bien aburrida en la Argentina, a pesar de que lleva una vida de reina.

— A propósito. ¿Te sirvió bien mi joyero? He de verle mañana, y le hablaré de la sortija... ya sabes...

— ¿De qué sortija?

— De la que ibas a regalar a Cocó: una joya de mil pesetas que pareciera de mil duros.

— ¡Acabáramos! — contestó Arjona sin inmutarse —. ¡Ya caigo! No compré la sortija. ¡Únicamente llevé a Cocó a cenar al Palace: me gasté cien pesetas, y quedó muy complacida!...

A. R. H.

¡MUJER!

BELLEZA. PLACERES.
ILUSIÓN...

SELLO YER

SALUD. ALEGRIA,
BIENESTAR...

Suprima usted los dolores nerviosos
y sera usted dichosa

Diccionario Gráfico de Artes y Oficios

Está a la venta el sexto cuaderno. La más útil biblioteca del artista, del taller y del *amateur*. 20.000 dibujos de elementos de arte y de estilos, de época y originales, coleccionados por orden alfabético. 2 pesetas cuaderno. Suscripción: trimestre, 5,50; semestre, 10,50; año, 25, con derecho a lujosas tapas. Pedidos al autor, J. LAPOULIDE, Cardenal Cisneros, 60, teléfono J. 17-18, Madrid. Suscripción y venta en todas las librerías.

CORRESPONDENCIA MUY PARTICULAR

Toda la correspondencia artística, literaria y administrativa debe enviarse a la mano a nuestras oficinas, o por correo, precisamente en esta forma:

BUEN HUMOR

APARTADO 12.142

MADRID

Chacharramendi. Bilbao. — Sí, señor. Mandé lo que guste, y si está bien, se publicará y se pagará.

Atiano. Madrid. — O chocientos treinta y dos chistes hemos recibido iguales en un todo al que usted nos envía. No le hemos publicado ya porque nos parece de muy mal gusto, aunque usted opine lo contrario.

Thomi. Burgos. — Ya hemos dicho varias veces que aquí no queremos hablar de grafología. Sin embargo,

por complacerle le diremos que a través de su carta se adivinan en usted unas condiciones nada comunes para ganar cualquier campeonato de cucuñas. Pruebe usted, y nos lo agradecerá.

A. L. P. Zaragoza. — Nos ha gustado mucho su cuento, y se publicará en cuanto nos envíe usted el desenlace un poco más claro, pues a estas horas estamos como aquel que no sabía si ganaba cuatro mil reales al año o un real cada cuatro mil años. Por los demás, muy bien.

P. León. Madrid. — ¡Qué lástima! ¿Por qué no nos ha mandado su dibujo unos días antes? Lo decimos, porque coincide con uno que ha publicado Bagaría en *El Sol* la semana pasada, y van a suponer nuestros lectores que lo ha fusilado usted. Creemos, señor P. León, que no se quejará de nuestra diplomacia.

M. R. Santander. — ¡Caramba, señor M. R! También usted ha coincidido con el Sr. Gluyas Williams en un dibujo publicado en *Life*, de Nueva York, hace pocos números. ¡Hay que ver!... Chiste inclusive.

BLAS E. BERROTERÁN & Co.

Agencia general de diarios, revistas y publicaciones

Aceptamos representaciones de todos los editores de revistas y diarios de Hispanoamérica y España. Deben sernos remitidos ejemplares de muestra y pliego de condiciones.

NUESTRA DIRECCIÓN ES

Apartado 51. — Maracaibo (Venezuela)

V. L. D. Madrid. — Cuando se es tonto de la cebolla, no se hace literatura, o lo que sea eso que usted manda. Es gana de perder un tiempo hermoso, que puede dedicar a mirar esca parates o a silbar cuplés, por ejemplo.

M. Conde. Madrid. — ¡Recuerda usted aquello de «Zapatero, a tus zapa-

M. C. Sabadell. — No sirve.

G. B. Valencia. — «Apenas se divisaba el sol radiante de hermosa sobre los campos, Nonoche comenzaba a cantar con el buen humor y la alegría de los pajarillos.» ¡Que usted se alivie!

COMPROBADO COMPARÁNDOLA

LA ORTOGRAFÍA MARTÍNEZ MIER, sexta edición, 453 páginas, resuelve toda duda escritura, puntuación, pronunciación. Ninguna mejor.

En treinta Juegos florales han premiado al que esto escribe, porque usó para inspirarse Licor del Polo de Orive.

Una catástrofe marítima

Nueva York, 26. — Por despachos de la telefonía sin hilos se ha sabido ayer en esta ciudad que el vapor *Baltimore* ha naufragado a cien millas de la costa americana.

A media noche, un trasatlántico que caminaba en dirección contraria hizo sonar su sirena para evitar el choque, orzando a estribor rápidamente. Y el capitán del *Baltimore*, en lugar de permanecer en el puente, secundando la maniobra desde su buque, se bajó tranquilamente al camarote, y el siniestro sobrevino.

Este proceder, que parece absurdo y criminal, se explica fácilmente, porque el capitán bajó a limpiarse la dentadura con el magnífico dentífrico Sanolán, operación que había olvidado después de la cena. A eso debió su salvación. En la oscuridad de la noche su dentadura *sanolanada* brillaba intensamente, y sus salvadores le descubrieron en seguida luchando con las olas.

¿Cuál es la máquina de escribir que está a la cabeza?

LA
CORONA

vale mucho y cuesta poco.

Modelo de oficina:
550 pesetas, al contado.

También a plazos.

Agentes
en toda España.



Gastonorge, C. A. — Sevilla, 16. — MADRID

HERNIAS
— Bragueros científicos.
J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

car asuntos cuando se tiene la difícil facilidad de escribir con cierta corrección. Lo del sombrero que se vuela es lo más acertado, a nuestro juicio. Los dibujos pasan a otro negociado que no es de un servidor de usted, que le saluda afectuosamente.

José María Andaluz. Alcalá la Real (Jaén). — Malo, malo...

M. R. E. (V.) Madrid. — Lo que nos envía es poca cosa. Insista con algo mejor.

Ramiro C. Gasca. (Anagrama.) — No admitimos charadas ni versos malos.

PASTILLAS DE CAFÉ Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial.

LOGROÑO

EL BUEN HUMOR DEL PÚBLICO

Para tomar parte en este Concurso, es condición indispensable que todo envío de chistes venga acompañado de su correspondiente cupón y con la firma del remitente **al pie de cada cuartilla, nunca en carta aparte**, aunque al publicarse los trabajos no conste su nombre, sino un seudónimo, si así lo advierte el interesado. En el sobre indíquese: «Para el Concurso de chistes.»

Concederemos un premio de **DIEZ PESETAS** al mejor chiste de los publicados en cada número.

Es condición indispensable la presentación de la cédula personal para el cobro de los premios.

¡Ah! Consideramos innecesario advertir que de la originalidad de los chistes son responsables los que figuran como autores de los mismos.

— ¿Cuál es el oficio en que se da más vueltas sin moverse?

— ¡...!

— El de taquillero.

F. Garrido. — Bilbao.

— ¿Cuáles son los viajeros más felices en el Metro?

— Los de Cuatro Caminos a Sol, porque se pasan la Gran Vía.

Rigoletto. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de un equilibrista?

— Sostener lo dicho.

Bebedeco. — León.

Periódicos y quiénes deben leer cada uno de ellos:

Un neurasténico, BUEN HUMOR.

Un parlamentario, El Debate.

Un barítono, La Voz.

Un geógrafo, La Esfera.

Un presidiario, La Libertad.

Un accionista, La Acción.

Un periodista, Informaciones.

Un cartero, La Correspondencia de España.

Un párvulo, A B C.

Un baulero, El Mundo.

Un árbitro, El Imparcial.

Un ciego, T B O.

Masto. — Madrid.

— ¿Sigues teniendo de jefe a don León?

— Sí, hombre.

— ¿Seguirá con tan mal genio, tan gruñón e inaguantable como siempre?

— No lo creas, está muy cambiado; ahora le chilla todo el mundo.

— ¿Es posible! ¿Pero es que ha perdido sus energías?

— Nada de eso. Es que se ha quedado muy sordo.

P. Soria. — Madrid.

El marqués está de caza con su criado, y cada vez que se le escapa

una pieza, que es siempre que tira, dice a su acompañante:

— ¡Otra vez sin dar en el blanco!

— Señor marqués — contesta el criado —, eso es culpa de la pieza, que no sabe colocarse a tiro.

René. — Madrid.

Dos ingleses recién casados se instalan en un vagón de primera clase.

El marido toma la palabra:

— Ángel mío, ¿estás bien en ese rincón?

La señora responde:

— Sí; muy bien.

— ¿No sientes frío?

— No.

— ¿Está bien cerrada la puerta?

— Perfectamente.

— Entonces, cambiaremos e sitio.

A. Puerto. — Gijón.

— ¿En qué se parece una cotorra a un buey?

— En que ninguno de los dos a hecho la primera comunión.

A. Díaz. — Tetuán.

— ¿Sabes, Luisito, que te ha nacido un hermanito?

— ¡Ah!... ¿Sí?... ¿Y lo sabe mi mamá!

S. Santacréu. — Madrid.

AMADOR

FOTÓGRAFO

PUERTA DEL SOL, 13

Unos amigos están jugando al tresillo, una tarde de enero en que está cayendo una nevada terrible. Un mirón dice a uno de los jugadores:

— Con esas cartas no puede usted pasar: tiene que dar una vuelta.



— Bueno, ¿cuándo quieres que nos casemos?

— ¡Oh, por Dios!... ¡No me hables de eso!... Estoy cansada de asistir a bodas este otoño.

(De Punch, de Londres.)

— ¿Que dé una vuelta con la tarde que hace? ¡No lo hará el niño de mi mamá!

E. S. — Madrid.

— ¿Cuál es el apellido más corriente?

— Diaz..., porque al año nacen trescientos sesenta y cinco; y hay más días que longanizas.

Pardillo. — Zarauz.

Las simpatías de un político. Según noticias llegadas de Italia, dicen que Roma es una de las capitales que más aprecian a nuestro jefe liberal, señor conde de Romanones.

— ¡Yo creo que Italia, sí; pero Roma..., nones!

T. Goicoechea. — Madrid.

— ¿Cuál es el colmo de una señorita ahorradora?

— ¡...!

— Aprovechar para sus trajes los botones del Casino.

Una rubia. — Vigo.

El premio del número anterior ha correspondido a **M. Conde, de Madrid.**

GRÁFICAS REUNIDAS, S. A. — MADRID



COQUETERIA

(De Excelsior, de París.)

— ¡Anda pronto a buscar alguien que me saque de aquí debajo!...

— Espera un poco que me alise.

— Tiene un catarro Felipe, y en curarlo se desvive.

— Pues bien lo podrá curar si toma Jarabe Orive.

BUEN HUMOR

SEMANARIO SATÍRICO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

(Pago adelantado.)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20	pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40	—
Año (52 —).....	20	—

PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20	pesetas.
Semestre (26 —).....	12,40	—
Año (52 —).....	24	—

EXTRANJERO

UNIÓN POSTAL

Trimestre.....	9	pesetas.
Semestre.....	16	—
Año.....	32	—

ARGENTINA. BUENOS AIRES.

Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.

Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12,—
Número suelto.....	25 centavos.

Redacción y Administración:

PLAZA DEL ÁNGEL, 5.—MADRID
APARTADO 12.142



Calzados PAGAY

LOS MÁS SELECTOS. SÓLIDOS Y ECONÓMICOS

MADRID: Carmen, 5.

BILBAO: Gran Vía, 2.

PARÍS y BERLÍN
Gran Premio
y
Medallas de oro.

BELLEZA

No dejarse engañar,
y exijan siempre esta
marca y nombre
BELLEZA

Depilatorio Belleza Tiene fama mundial por ser el único inofensivo y que quita en el acto el vello y pelo de la cara, brazos, etc., manteniendo la raíz sin molestia ni perjuicio para el cutis. Resultados prácticos y rápidos. Único que ha obtenido Gran Premio.

Tintura Winter Basta una sola aplicación para teñir en el acto las canas. Sirve para el cabello, barba y bigote. Se prepara para negro, castaño oscuro y castaño claro. Es la mejor y la más práctica.

Angelical Cutis LÍQUIDO (blanco o rosado). Este producto, completamente inofensivo, da al cutis *blancura fija y finura envidiables*, sin necesidad de emplear polvos. Su acción es tónica, y con su uso desaparecen las imperfecciones del rostro (*rojeces, manchas, rostros grasientos, etc.*), dando al cutis belleza, distinción y delicado perfume.

Pelífero Belleza Vigoriza el cabello y lo hace renacer a los calvos, por rebelde que sea.

Loción Belleza Con perfume de frescas flores. Es el secreto de la mujer y del hombre para *rejuvenecer su cutis*. Recobran los rostros marchitos o envejecidos lozanía y juventud. Especialmente preparada y de gran poder reconocido para



hacer desaparecer las *arrugas, granos, barros, asperezas, etc.* Da firmeza y desarrollo a los pechos de la mujer. Absolutamente inofensiva, pues aunque se introduzca en los ojos o en la boca no puede perjudicar.

Almendrolina Belleza CREMA ALMENDROLINA. Es la reina de las cremas. Complace a la persona más exigente. *Rejuvenece, embellece y conserva el rostro*, y en general todo el cutis de manera admirable. En seguida de usarla se notan sus beneficiosos resultados, obteniendo el cutis *gran finura, hermosura y juventud*. La CREMA ALMENDROLINA, marca BELLEZA, garantizamos estar exenta de grasas y demás sustancias que puedan perjudicar al cutis. Reúne las condiciones máximas de pureza, y es completamente inofensiva. Preparada a base de finísima pasta de almendras y jugo de rosas. Delicioso perfume.

ES EL IDEAL Rhum Belleza FUERA CANAS A base de nogal. Bastan unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las *canas*, devolviéndoles su color primitivo con extraordinaria perfección. Usándolo una o dos veces por semana, se evitan los *cabellos blancos*, pues, *sin teñirlos*, les da color y vida. Es inofensivo hasta para los *herpéticos*. No mancha, no ensucia ni engrasa. Se usa lo mismo que el ron quina.

Polvos Belleza Calidad superfinísima y los más adherentes al cutis.

DE VENTA en las principales perfumerías, droguerías y farmacias de España y América.— **Canarias:** droguerías de A. Espinosa. — **Habana:** droguería de Sarrá, Teniente Rey, 41. — **Buenos Aires:** A. García, calle Florida, 139

Fabricantes: ARGENTÉ, HERMANOS, Badalona (España)



Dib. RAMÍREZ.—Madrid.

ELLA.—¡Si me jura usted que seré su último amor!...

Ayuntamiento de Madrid